



SALMÓN

SALMÓN

Introducción: *Tirar la hueva es mi debilidad*

El rostro de la Verónica Fernández / 6

Noticias del hombre que remolcó a Cristóbal Colón hasta tierra firme / 15

Cuando lo que queda de bueno pase al olvido / 24

¿Es la risa contagiosa? / 33

Buenaventura y sus quince hermanas / 42

Desilusión por el CAZADOR de Tepexpan / 50

Infundíbulo Cronosínclastico / 57

De una habilidad PASAJERA

para cambiar las luces en los semáforos con sólo mirarlos / 67

Carnavalz en Maschero / 76

Coca-Coalt / 81

Eclipse / 84

Nessun Dorma / 87

Este era un Gatt... / 91

Salmón / 93

Introducción: TIRAR LA HUEVA ES MI DEBILIDAD

Me he preparado un delicioso emparedado para sentarme al televisor. Y esa noche, al primer intento de abrir mi marca de cerveza preferida, el aro me arranca la falange de tajo terminal en el esfuerzo (a otros les bastaría romperse la uña) y toda la sangre fluye a borbotones alrededor mío y su dolor es insoportable y luego pierdo el conocimiento, pero sé que cuando se regenere el miembro mutilado, daré gracias de no toparme alguna vez con los caníbales.

En UNA CARTA fechada el 19 de Julio de 1991, Elena Poniatowska, presidente vitalicia del Premio Guazacoalcos de cuento corto, me escribe, apretando algo con las manos en parte: “...en cuanto a su cuento *Las chimuelas son mi debilidad*, la anécdota es divertida, el título apropiado, pero el toque final resulta conflictivamente pretensioso e inverosímil , expone las fallas del autor sin oficio, no obstante es una pieza que sobresale con variantes significativas entre el resto de los finalistas....”

Levantar el dedo, pidiendo permiso, saltando y cantando en la cascada de este modo contra un plan secreto. Dedo ignorante y pertinaz.

Un nuevo conocimiento respecto a la tumba del emperador Adriano me ha sido revelado. Una carta del *Selecciones del Reader's Digest* me notifica que, cualquier día de estos, soy el ganador del magno sorteo, pero se decepcionan mis amigos. Lo jugoso del primer premio me hace pensar en trabajar menos.

Me he comprado una vasija de peltre, similar a la que recuerdo mi mamá tenía en su cocina y me lavaba los pies cada mañana. Por cierto, un viejo amigo tocó a la puerta hoy para decirme que sospecha que las hamburguesas de *McDonalds* no son 100% carne de res.

Me senté en una mecedora de ratán esta mañana y creo que finalmente he entendido la geometría de los cuerpos sólidos, después de tantos años. Sin embargo, las ondas de choque arrasan con Sodoma y Disneylandia mientras me balanceo en mi silla.

Me las he arreglado para medir la presión del abuelo con un calibrador de llantas. Después de treinta años de trabajar entre vulcanizadoras, considero que es una forma obligatoria de morir. Antes, he recibido una llamada del Ministerio Público de la ciudad donde la abuela se halla enterrada, avisándome que el municipio ha revendido hasta cuatro veces los lotes del cementerio y los restos de la abuela se han confundido entre varias bolsa negras de polietileno y cubiertas por el maná y la hojarasca en la intemperie. Holístico.

He resistido la tentación de una hermosa mujer acostada y vulnerable, que desea tener sexo conmigo, cuando resulta obvio que obedece a la manzana. Y pareciera que todos hemos nacido con frío. *Mea culpa*.

Me paro frente al mar y siento la brisa. De pronto, las nubes se me amontonan encima y dejan un espacio sideral de grandes almohadones del aburrimiento de todo ángel, a veces son grandes castillos de algodón flotando en el aire o los grumos de un borrador sobre el paisaje. Yo miro a las nubes de una u otra manera pero ahora todas me han bloqueado el sol, ya llueven, granizan o cambian de humor. Hay tantas cosas pendientes por hacer hoy, pero las nubes se interponen en mi cabeza. Yo miro a las nubes de izquierda a derecha, de arriba hacia abajo, por todos lados y de cualquier manera son simplemente nubes lo que resta al fin de cuentas. Creo que no conozco las nubes ni un ápice.

Prefiero distorsionar lo que oigo.

“Quiero dejar claro que he inventado estas mentiras, Elena, porque pertenecen más a mi persona que a los reglones de la literatura. En otros cuentos, alguien de antemano ya seleccionó el final como tú, la salida. Yo supongo que es inevitable al lector buscar su conformidad con la salud del mundo. Por ejemplo, “Dio un golpe seco contra la tierra y se fue desmoronando como si fuera un montón de piedras”, “La doncella y su apuesto príncipe vivieron felices para siempre”, “Ya no tuvo una segunda oportunidad en dicha prisión; porque el que la hace, la paga”, etcétera. Lo que aquí se olvida es que el infortunio da cuenta de sentir los sesos irse al fondo, que termina sólo si hablas solo. Esas son las inevitables piezas que, después del armado, siempre sobran. Cada autor en su infinita destreza puede encubrirlo por un tiempo, pero al final su deficiencia ocupa el justo lugar donde duele. Una mitad se mantiene en el recuerdo, a ratos tan intolerable, la otra, tiende a mirar de soslayo cuando se le habla. Se escucha mucho acerca de un mundo inusitado, roída en el alma por la fotocopidora. Lástima. Yo no.”

He escrito uno o dos libros estridentes de inteligencia y compasión y voluntad para dejarme de puñetas. No lejos de aquí un periódico centenario estalla en llamas. Me gusta distorsionar lo que oigo a propósito. Sí, neutraliza los espacios de una conversación aburrida. Ya lo refiere el dictum popular: no es lo mismo *el mondongo de tapachula* que *chula tapate el mondongo*. Háblenme acerca de la Zona Rosa y el bautizo me toma desde niño haciendo un esfuerzo por imaginarme el enorme gasto de pintura para uniformar a capricho casas y calles junto a los Tamayo de la catedral. O háblenme de una bolsa de mano, o el corredor de bolsa...¡vaya imágenes! O tirar la hueva, simplemente.

No he visto todo el universo.

El pescado va contra corriente.

EL ROSTRO DE LA VERONICA FERNANDEZ

Estos son los sonidos de la noche: Primeramente, el estrépito desfavorable de la obscuridad, arrojando al cristal, que se fragmenta en gotas, ese poliedro del sueño llamado por todos, silencio. Acto segundo, el rasguño a la pantalla del universo, los astros en desbandada en tanto las narices aspiran la delgada brizna de rapé llamada por uno que otro, tiempo. Y por último, el sonido animal de una pareja haciendo el amor. El eco húmedo de dos cuerpos por el corredor secreto de un fusil, siempre el disparo con un mismo sonido y sólo apartado de los demás objetos por la embestida de la tregua reconciliada con el *kairos* o el instante más desesperado, cuando todo está perdido. Del campo con explosiones del champagne que pone en marcha el ataque del día siguiente.

Atrapada, revolcada, yéndose a pique, desplomándose de tal trapecio de instantes, la boca de la Verónica Fernández se abrió para recibir una saeta perfumada de pasión tan breve como la vida de una hoja. La ráfaga de una palabra pronuncia el nombre y divide el trasfondo de la Verónica Fernández con su amante. Lástima, jamás debió existir una alborada tan amorosa como ese encuentro entre la Verónica Fernández y el hombre que llegó a instalar su dedo en el borde del agua, la jofaina donde escurren las salivas de los crédulos. La carne deseó resucitar, pero tanta caricia le aflige el rostro, ay Verónica Fernández, la mujer más hermosa que jamás hombre haya visto con ojos hasta el grado de quedar cocidos de amor.

Mario de la Reguera, destilando la sangre negra de su columna, se refirió a ella como el más memorable *sucubus* que lo hubiera encontrado. Los dos colores de la portada del Tele-Guía, por supuesto, igualaron la frase con pornografía azul cyan y se dejó

pronunciar sin risillas nerviosas. Ellos sabían lo que la Verónica Fernández era: fundamentalmente hermosa.

La ley de los semejantes obra igual para los peones, pero había algo de cierto en lo que Mario había escrito, y la etiqueta era una muy justa. Existía algo en la Verónica Fernández que estrujaba a aquellos que se atravesaban en su vida, del mismo modo que existen triángulos muertos. De su belleza no había dudas: ella era la lindura que atolondra ornitorrincos. Isidro Laisequilla era el único fotógrafo al que ella se permitió posar y, a cuestas del caos en un punto distante de las frutas gigantes, juntos llevaron a cabo cuatro retratos de la Verónica Fernández que se convirtieron en desnudos testimonios del día visto desde las horquillas de la publicidad (Ya fuese que una iluminación clara y pareja, ausencia de sombras y colores reverberantes, ya anunciase cigarros o ropa interior o aleluyas electrónicos, el espectador primero veía a la Verónica Fernández y, cuando la imagen finalmente lo soltaba, entonces seguía una ojeada al producto), rayos, que no se puede ser modelo por encargo.

Con estos dos elementos -el ensamblado de vidas con las cuales se hubiera querido conversar y todas las palabras que se van borrando de los recados- la leyenda creció. Más su vida privada era de su entera posesión, dicen, acompañada de sus guiños, algo peculiar, más adentro que dentro del hurgado de sus cosas, para unas figuras de porcelana entre cien puertos donde la majestuosidad siempre será bienvenida. Salvo el leve movimiento de chismitos más insigne que algún genio impelido a tres deseos o la distancia del fondo del mar, poco se sabía de ella.

Con una especie de periscopio en ascensión, Alfredo Díaz Ordaz alguna vez le abrió el cerebro al *floor manager*, apuntando: "Cuando ella abandona el estudio, nadie sabe adónde se dirige luego. Verónica bien pudo haber regresado de la inversión térmica, y

nosotros no darnos por enterados. Todo cuanto sé y me importa es que es la mujer más adorable para quién se haya inventado el panorama de la televisión". Y eso, viniendo del hombre que descubrió a Thalia, que capitaneó a las once mil vírgenes, es quizás el suspiro de Dios más contundente para aquellos que juran que jamás existió creatura más fascinante, adorable árbol de los ojos, que Verónica.

Sentada en su mesa favorita de un rincón del *Hard Rock*, Verónica Fernández inunda el vaso de *Perrier* entre sonrisas de su acompañante. Sus ojos de viva fuerza esmeralda son entrecerrados con un pensamiento repentino, pasajero, para lanzar la mirada y tocar y herir oblicuamente.

-Miguel Ángel, ya no quiero nada contigo -dice con inapelable simplicidad.

Repentinamente, esas pulcras, viriles líneas en el rostro de su pareja se desdibujan. Su censura manotea por ella, pero encuentra al monstruo de la ausencia. Habría pasado sólo una semana en la vida de Miguel Ángel Yunes, el número dos a cargo de la seguridad nacional, una semana en que el político conoció más peligro, excitación, amor y desafío intercalados entre sí que el niño que se duerme con cuentos orientales. Tan sólo siete días al lado de la Verónica Fernández.

Ahora ella daba esa semana por terminada, con sólo siete palabras.

Antes de que acabara el día, la figura pública removería la Beretta 9mmm del cajón de su escritorio y, haciéndola aprender a hablar, colocaría el frío metal del arma contra el parietal derecho, meditabundo.

Antes de que acabara el día, la intempestiva noticia del suicidio del político rebasaría la conjura fuera del total descontrol, el sagrado y el secular, en el pulso nacional. Una voz puede que solicite auxilio y nadie detiene su lectura. Los mercados cerrarían con

once puntos a la baja y se denunciarían brotes de guerrilla en la huasteca veracruzana. Todo un incendio inextinguible y tan repentino.

Verónica Fernández se desplaza a cumplir la segunda cita de su agenda...

Fuerte Moncada no era su verdadero nombre, pero haciendo caso omiso del salir y entrar de identidades, tal alias de ningún modo mancillaba la calidad de sus acrílicos. Fuerte Moncada, pincelada de evaporación como el laqueado de las fuentes de su Guanajuato natal, era quizás el debutante más prometedor entre los artistas de su generación. El no era descubierto por los críticos aún, eso habría de suceder dentro de un año o dos, mmm, quizás antes, si lograba encontrar al patrocinador ideal, dominador de las escaleras que las subastas internacionales le conceden a puja y superficie lisa el reconocimiento en línea recta.

La multitud no podía haber descubierto a Fuerte Moncada todavía, pero Verónica Fernández sí.

Ella se apea del taxi que atinara pasar por las afueras del restaurante y se acerca a tocar el timbre del estudio del artista sobre la avenida mortal donde se pasean las putas. Un germen provinciano asoma la nariz y le hace pasar al piso superior, donde se rompe el cielo con lluvia de manecillas, guantes y estrellas. Verónica Fernández favorece su entrada en ese mundo desconocido y se queda de pie junto al pintor, observándolo como ya despeina el amarillo ocre, saciado a pinchazos incesantes a la tela, para pronunciar el nombre.

Ella sonríe con los labios del ahorcado, sensiblemente burlona.

Fuerte Moncada, vivificado en su trabajo, gira las muñecas, manipulando la espátula como una daga. Un fuerte marrón se diluye y voltea a su visitante: “Verónica, cariño, ¿por qué no me haces una llamada a la farmacia y pides algo? Necesito dormir...”

Ella ríe más abiertamente y se ahoga en su frase: “¡Qué se supone que sea eso, amor!”. El ademán agri dulce de su favor intriga delante de la tarde. El trata de alcanzar su risa con el rostro blanco en el centro, pero no llega. Voltea al cuadro, temiendo haber hecho algo que sus ojos hubiesen pasado por alto, acercando los espejuelos a las cuarteaduras del verde, pero no, era exactamente del modo que lo había concebido, exactamente el tono apropiado y con la exacta fuerza de aplicación. Era su musa, el rostro que le había hecho sentir la violencia de la bienvenida de su cuerpo, que le permitió trabajar con luz y demencia pura, la insania que brinda una belleza que aturde sin poderla mitigar en nada.

-Es una flor tendiendo a la obesidad, ¿ves?. Traté un poco de incorporar la fuga del pago y las deudas prolongadas, la *poiesis*, el rojo. Quiero decir, no tengas una flor. Ten muchas....

Ella lo interrumpe.

-No tiene caso, querido

Él queda sin habla.

Verónica Fernández permanece otro rato dando de vueltas a la habitación, tendiendo hilos eléctricos entre su burla y el alumbrado de su campo visual. Por supuesto, desaparece el arlequín del crayón. El mundo era otra hermosura. Antes, ella lo encontró, ella lo alentó, ella lo orientó, ella se acostó con él y le dio las fuerzas que necesitaba para:

Despedazar la mayor parte de los lienzos con unas tijeras.

Incinerar el resto con thinner y petróleo.

Romper sus pinceles por la mitad y hacer astillas el caballete.

Empacar sus cuatro pantalones limpios y regresar a Guanajuato, donde un año después habría de sumergirse hasta la coronilla en los negocios de la familia para olvidarse por completo de cualquier cursilería teniendo que tuviese que ver con arte.

Verónica Fernández se desplaza a cumplir la tercera cita de su agenda...

Cuando su secretario particular le avisó que la señorita Fernández lo esperaba en el refectorio, el reverendo Monseñor Ovalle respondió sin imagen limpia de joyas que la atendería inmediatamente, luego que terminara de firmar unos papeles. Y sin permitirle cerrar de un sólo impulso la puerta, el religioso agregó a su ayudante, casi como un reparo, que la señorita Fernández tenía algo que confesar de carácter muy privado y que por lo tanto impidiera toda interrupción vial en el recinto del comedor. La monja asiente en repetición y se despide con una reverencia, despostillando la sombra. Al cruzar enteramente la cerradura, el prelado apura la firma de los documentos pendientes, ya sin leerlos porque un ciego se ha sentado encima de ellos, y empuja el pesado sillón hacia atrás tan urgido que golpea contra la pared. Levanta su esclavina y sale de la oficina tomando el pasillo que pasa de largo el camarín de la Inquisición y desemboca con los coros remotos de la catedral hasta la segunda puerta del refectorio. Con los ojos puestos en el crucifijo lateral, pasa indiferente ante la beldad de la señorita, quién debajo de su velo habla de la maravillosa limosna para los pobres de gracia.

-Te advertí que no regresaras aquí de nuevo -le dice.

La voz pertenecía a un hombre distinto a aquel habiéndose dirigido a su sirviente minutos antes. Este hombre tenía la voz de las veladoras de las hornacinas que un viento inexplicable de desesperanza apaga.

-Chema... -ella susurra, descubriendo la mantilla -...la tentación es poderosa.

El hombre no contesta y la toma por los hombros, desabrocha el cinturón del chaquetín, abre el escote y se reclina sobre su cuerpo, sofocándose con sus pechos. Verónica mira si el seguro de la puerta se halla puesto, el vicario mira su hermoso rostro

como la hostia de su custodia y la toma, allí, abiertamente, sobre la mesa y la ceniza. La tentación pesa toneladas para ser soportada, pero no tanto para liberar los frenéticos delirios de Monseñor, a quién le estaba prohibido acosar a los monaguillos en la autoridad de la Sacristía. Verónica es azotada como una antigua mercancía de saciedad.

Más noche, Monseñor Ovalle celebraría misa en presencia de todas las señoras de la Liga de Mujeres Católicas y comentaría su propósito de viajar al Vaticano para ocasionar el gran cisma del Sur. Dios pudo desairar su movimiento, pero la Verónica Fernández jamás.

Lejos, una borrasca sacramental se desplaza de cita en cita en su agenda, siendo la deliciosa, increíble unción de eventos que Verónica Fernández era capaz. Un día muy ocupado, pero no completo aún...

Ella se detiene frente al espejo, admirándose de pies a cabeza. Sí, ciento cuarenta y cuatro mil justos no podían estar equivocados, era un cuerpo cercano a la perfección. Lo envuelve en la toalla y cruza el departamento donde se duerme el reflejo, para cogerla en el aire y que no se hiciera añicos. Su departamento está totalmente iluminado a las cuatro de la mañana como un combate de luces y los últimos focos huyen por las ventanas cuando la Verónica Fernández termina de arreglarse para salir a la calle otra vez. En el *lobby*, el portero crea su propia hablilla mental respecto a la Verónica Fernández y sus ojos brillantes llamando un taxi a esas horas de la madrugada. Por otro lado, el chofer del taxi levanta una ceja cuando la Verónica Fernández le indica la dirección de su destino. ¿Qué clase de mujer es la que pide ser bajada en las afueras del basurero municipal a las cuatro de la mañana? Insisto, ¿Qué clase de joven viajera, con un rostro que engolosina, aún visto por el retrovisor, pide bajarse en esa clase de sitios? Verónica Fernández da el portazo a la unidad

a la altura de una mano y se encamina con rumbo seguro hacia los castillos migratorios de basura.

La mañana empieza a acariciarla, pide permiso y nadie la rodea. Verónica es el ojo derecho de un insecto en el montículo de desechos. Ante ella, la figura de un enorme tablón con inmovilidad magnífica concluye el laberinto. La entrada es sucia albañilería de la fealdad y algo de tos. Tiene el aire el color local de la herrumbre, se malhumora y la invita a que trasponga la verja de los infiernos. Verónica toca con los nudillos la madera en extraña cadencia de terremoto. La puerta azotada llama a la gruta inundada entre desperdicios, su entraña con vientos podridos, donde se asoma un hombre deforme. Verónica permanece callada por un momento, mirando al ser de dos metros diez, piernas desproporcionadamente cortas y brazos gruesos, la piel cubierta de moho que nunca hubieran tocado los rayos del sol y tez con putrefacta tonalidad de mausoleo. Ojillos rojos cuales de rata y la boca como morbosidad de una operación quirúrgica, sin labios ni dientes, justo en medio de la cabezota de pelo hirsuto, horrorosa visión descansando sin cuello en la masa del cuerpo, aunque el cerebro tal vez estuviera en la obscena joroba de la espalda.

Sin decir una sola palabra, Verónica se abre paso y desciende la rampa de abominables huellas hasta una estancia que domina una larga mesa con nueve asientos. En ocho de ellos, se hallan sentados ocho enanos subterráneos, ladrones de moscas más feos en comparación con el ser que fue a abrir el pórtico y ahora pasó a ocupar su lugar. La recién llegada extiende el mantel de una acalorada discusión. Los hombrecillos chillan y manotean, mientras ella columpia su bolso, haciendo zapateados con un pie a lucir el resorte de fastidio.

-¡Esto es demasiado bonito! -grita el bodrio de la frente calva, golpeando un manazo al centro de su plato. -¡sol sin noción de manchas y que deseca un pantano, lo que necesitamos son nuevas pestes o nuevos cataclismos para recobrar la superficie!

Extendiendo un dedo leproso, otro hermano aberrante vapulea el cirio delante suyo:

-No podemos darnos el lujo de dar marcha atrás, hermanos, los humanos arrastran abusivamente un recelo contra la astrología. Creo que esto ya lo hemos discutido un millar de veces...

La polémica queda en camisa de fuerza.

Verónica Fernández, totalmente aburrida, bosteza en la punta de la asfixia, tan vulgar que las nueve caras espantosas voltean a verla a un tiempo. Uno de los engendros truena los dedos y ordena:

-Bruto, desconéctala ya...

El asqueroso portero de pesadillas toma un cuenco conteniendo barro y sesga el respeto a la belleza. Los toscos dedos embadurnan de cieno la frente de la mujer, escribiendo una palabra olvidada entre libros esotéricos. Un dócil suspiro escapa de los labios de la Verónica Fernández y la hermosa cara que hacía a los hombre extraviar el camino, arrancarse la piel, destruir sus propósitos, se torna blanca, totalmente vacía, totalmente muerta.

El símbolo *emeth* seca envuelto en frío.

Al cabo de un rato, calculado por la lluvia matinal, cuando el aquelarre se cansase de dirimir la vida inmortal, será posible al pensamiento presenciar la orgía que los enanos y un jorobado harán enloquecidos de la Verónica Fernández.

NOTICIAS DEL HOMBRE QUE REMOLCÓ A CRISTÓBAL COLÓN

HASTA TIERRA FIRME

“La persona que abre una puerta...¿es la misma que también la cierra?”

Gaston Bachelard (1884 – 1962)

Por haber caído en la cuenta que en suma medida él había sido responsable por la elevación del primer indostano católico al trono papal, sucedió que Roberto Henry decidió seguir usando tales precisiones del poder último en beneficio de la humanidad entera.

“Se trata sólo de cifras a primera vista”, admite a sí mismo, y supone que ya hablaba ante una claque con un favor para él superior. He aquí la verdad: los arrebatos momentáneos son el radio de ventaja en el vector *sub júdice*, y cualquiera se tienta las ganas de sacarse la camisa de la barriga dentro del pensamiento minoritario. Así como las mujeres normales son llevadas al paroxismo sexual por su ego. A primera lectura, ese impulso de usar y tirar une una explicación al juego de los favoritos. De ahí un riesgo constante de irritar el fino escrutinio de los celadores de la materia prima de la historia. Y aún cuando Roberto Henry hubose convencido en la fanfarria de la memoria terca de la gente de que ya poseía ese “voto de calidad”, principalmente en donde el fruto del azar no ha acabado con las epidemias del empate entre todos los *hit-parades*, los *rankings*, los *records*, la lista de *best-sellers*, o cualquier otra lista en la proliferación de pequeñas preferencias, un nuevo comicio iniciático y vengador del segundo lugar obsede nuestros insomnios y el futuro ya no es lo que era. Esto nos lleva a la segunda paradoja, los presidentes Mobutu e Idi Amin eran mojones pluscuamperfectos de estos ritos de paso por las aceras de la causa electoral. Y votar por la película “Alrededor del mundo en 80 días”

para el premio Oscar de 1956, sólo porque Cantinflas actúa durante 20 minutos y su centro borroso está en todas partes para la mirada del narciso latino, era equívoco. ¿Pero quién podría saberlo? ¿Quién podía adivinar quién daba el voto decisivo? ¿Quién creería tal oportunidad de ganar con mayúsculas en el día menos pensado?

Ahora, milagrosamente, él lo sabía.

Él lo creía.

De algún modo maravilloso, aconteciendo como una sentaja de inspiración estancada en estas playas de la lejanía del universo (a pesar de lo que digan, la idea de un cielo con su potencia de eternidad y presidido por un dios con figura de triángulo, repugna el buen gusto y cada uno de los vértices agudos de la entropía, del sincronismo y del *serendipity*), él había sido señalado con el anuncio luminoso de la fortuna: él había asumido la sublime posición de entre todas las caras del podio de ser el detentador del voto rotundo. El conocimiento le había llegado con retraso, le debió tomar 40 o 50 años comprender quién era y cuál era su función en esta excursión por la vida. Tal advertencia no había empezado a dar muestras de inteligencia ni siquiera desde un primer momento en que hubo empezado a votar a partir de los 21 años por cada candidato presidencial del PRI. Ni siquiera cuando empezó a rayar toda revista confinada a los consultorios y seleccionando con acierto el ganador en cada certamen del Oscar, de los Emmy, de los Pulitzer y premios Nobel dentro de las últimas tres décadas. Ni siquiera cuando apostaba en el lado ganador de cada SuperBowl, serie mundial o copa Stanley. Ni idea al respecto. Pero cuando, simplemente por hacer la travesura, él votó por la cantante Yuri para Reina del Carnaval 1992 y precisamente Yuri la cantante ganó, luego de seis recuentos, por un voto, Roberto Henry empezó a abrigar sus sospechas. Luego entonces pensó a llevar a cabo un experimento más contundente: a propósito de que TVNovelas tiene su encuesta para votar

por la mejor telenovela del año, él llenó el cupón a beneficio de Sergio Andrade y Gloria Trevi como las figuras más gratas del medio artístico y votó por “El premio mayor” como la mejor novela. Cuando ellos ganaron, para la sorpresa y dispepsia de Paty Chapoy, él sabía que siempre tuvo el control de los canales en sus manos.

Roberto Henry era el fantasma de los bajos fondos en las urnas.

Si quisieran oírle lo que se alcanza a decir en la almohada, él llegó a considerarse seriamente como un héroe de doble identidad. En la vida real, él es un señor cercano, docto, con 50 años cumplidos que lo obligan a usar lentes. Tiene fama de bonachón, con ademanes que aproximan a la confidencia amena. Leal compañero de trabajo. Electricista de CFE. Frente a la mesa, un marido con hambre consciente y la mirada siempre perdida de un padre de dos hijos mayores. Generoso y espléndido, aunque mayordomo de su tarjeta de crédito en raras ocasiones. Pero en el momento que la batiseñal escinde los cielos góticos, cuando las sirenas del bien y la decencia claman por la liga de los titanes, entonces Roberto Henry se uniforma con sus khakis y sus Hush-Puppies y se convierte en el hombre que remolcó a Cristóbal Colón hasta tierra firme. Y no obstante las dolencias del enfisema y la artritis, las amarras rodeando diagonalmente su pecho desnudo, la proeza trasatlántica, la cabellera del aire, su secreto bien guardado, un milagro de equilibrio echa a andar los hurras triunfales de su cruzada. Por ende, cuando el Cardenal Sorapong Krung Utanan fue elevado a pontífice, cuando el humo blanco onduló un augurio sobre el Vaticano y la Agencia Reuters transmitió la inaudita noticia al mundo, Roberto Henry sabía que su cerebro era el detonador de tan vasta onda de choque.

Entonces decidió hacer las cosas mejores, pero antes que cualquier cosa, y por haber caído en la cuenta de que no contaba con un plan concreto, puesto que tener el poder y

saber cómo manejarlo son dos aspectos distintos, él resolvió compartir su confidencia con Flora.

-¿Qué tú qué?- dijo ella.

-Yo soy la pieza del rompecabezas del poder. Yo puedo modificar la lectura de votos a mi conveniencia....

-Mejor vete a la cama, al rato te llevo un té de albahaca...

-Flora, hemos estado juntos durante 22 años, ¿alguna vez me escuchaste decir algo parecido? ¿Te estoy diciendo acaso que veo platillos voladores? No, mírame bailar en un solo pie. Ignoro a quién debo dirigirme, de quién viene la respuesta. Es fácil comprender que vivimos recogiendo monedas que no sirven cuando se piensan estas cosas.

-Creo que un par de aspirinas también....

Roberto Henry sale a pescar. El no había sacado a pasear el cáñamo pitagórico hacía ya un buen tiempo: quince años. No obstante, el se sienta a defender seis horas silenciosas frente al boulevard, hasta que el ocaso se va a pique en la memoria.

-Tengo 50 años – se dijo a sí mismo – y no sé qué hacer con el mundo. Soy un hombre común y corriente. No tengo un gran cerebro. No soy un líder, ni tengo una fortuna, pero me doy cuenta que hay muchas cosas que están mal, que deben componerse, desprenderlas de su rotación en torno a mi cabeza, pero no tengo idea de cómo hacerlo.

Él consideró la posibilidad de viajar a otros lugares para votar en elecciones donde los tiranos fueran depuestos como se vigilan las groserías que nos vienen a las bocas. El contempló la probabilidad de votar por hombres y mujeres de banderas cambiantes que le inspiraran coraje y confianza en nombre de una idiota ley proclamadora de la conservación de las especies. Pero todas estas posturas son trampas, trampas de la lucidez. ¿Cómo podría él obtener su primera serenidad en elegir una persona honesta? ¿Y qué tal si ella le daba por

hacer cosas en que él no estuviese de acuerdo? Ni un sólo pescado picó en seis horas. Precisamente, Roberto Henry había mordido el anzuelo: mediante el terrible dilema de elegir...y ser un elegido.

Flora esperaba por él. Ella vestía de buenos días con su bata amarilla en gala de otro tiempo, sentada a la mesa, tomando el pocillo de café negro con ambas manos. Ella habló desde la penumbra justo en el momento en que Roberto pone el aparejo de pesca en el fregadero.

-¿Otra vez la artritis?

-Un poco. Nada grave...

Roberto pasa de largo en dirección del sofá de la sala y prende el televisor. Luego de un rato exclama.

-¿Cariño?

Ella le devuelve un soprano gruñido de entendimiento. Difícilmente alcanza a verlo.

-No fue mi intención volverte loca....

-No te preocupes. Yo sé como habla el delirio...

-De todos modos...debí haberte escuchado....

Ambos permanecen sentados en sus respectivos rincones por un buen rato. Finalmente, Roberto vuelve a tomar la palabra.

-Dios debiera ser capaz de hacer algo, pero tampoco creo que le quede humor para hacer algo. Creo que se tomó el séptimo día de descanso demasiado largo.....

-No deberías decir eso, Roberto

-Lo sé. Me imagino que debe estar igual que nosotros estamos: sentado en la obscuridad y anhelando que algo suceda. Pero nada va a pasar.....

-Claro que sí. Tiene que ser así. Dios o alguien más tiene que tomar cartas en el asunto. Roberto, si tú crees que eres esa persona, bueno, quizás él está operando a través tuyo....no sé.

Nuevamente silencio. Demoran 15 minutos. Finalmente, la lengua a baja frecuencia habla.

-Quizás, Flora.....

Él resolvió al menos probar.

De ningún modo era correcto contar con este don y no hacer una *puta madre* al respecto. Por lo consiguiente, Roberto determinó al menos intentar.

El sindicato tenía una elección en puerta. De antemano existían problemas. Pláticas. Diálogos ociosos desde la cúpula de la CTM. Imposiciones veladas y descubiertas. Documentos refutatorios. Espionaje telefónico. Pistolas y *Charros* aprendiendo a montar el becerro de oro. Autoridades de la administración federal consultando los oráculos laborales. Más pláticas. Más diálogos ociosos. Pero Roberto empezaba a cansarse de todo ello.

Él estudió detenidamente el perfil de cada uno de los aspirantes a ocupar la Secretaria General del SUTERM. Luego hizo su planilla perfecta tras una cuidadosa consideración. Esperó y votó en la asamblea correspondiente y todos sus candidatos ganaron, desde la primera hasta la última cartera. La planilla entera le parecía honesta.

Al cabo de un mes, seis de sus compañeros de trabajo permanecieron más de una hora en la oficina del Delegado Regional y fueron cesados en presencia de un Notario. Por si fuera poco, las contribuciones sindicales alcanzaron motivos inconfesables de un *castigo ejemplar*.

Flora llegó temprano a casa de su visita a su hermana y encontró a Roberto en la cocina con una botella abierta de cerveza. Tenía mala cara.

-¿Encontraste el destapador?

Él niega con la cabeza.

-¿Fue un mal día?

-Cristóbal Calderón y otros cuatro fueron despedidos esta mañana

-¿Cómo sucedió eso? ¿Y el sindicato no hizo nada por defenderlos?

Él la mira fijamente. En 22 años, Flora nunca había visto tales pestañas de impotencia en la cara de su marido. Finalmente, recobra su lengua a baja frecuencia.

-Es mi culpa....

Ella empezaba a decir: “*no seas tonto, Henry Caretta*”, pero sus ojos se entristecieron y dejó caer su bolso en la mesa para poner los brazos alrededor suyo y darle un ñaño beso en la coronilla.

El combate singular sigue hasta la cama. Ella permanece despierta oyéndolo respirar. Ella pretende parecer dormida, evitando voltear el rostro y alargar las manos de su desvelo a librar una batalla encarnizada. Él no permite que se le derrumben las vigas del sueño, sino hasta ya entrada la mañana.

Durante el día, él se reporta enfermo. Toda esa mañana, Roberto deambula alrededor de la casa, que ahora parecía demasiado grande para barrer la vida de una habitación a otra. Ella lo volvió a encontrar, durante el cortocircuito de una hora vacía, parado en medio de la sala, mirando fijamente a la pared. Ella lo llamó suavemente tres veces y él no respondió. Por lo que regresó a la cocina y en la ebriedad de un largo rato se da cuenta que ha estado lavando la misma cacerola una y otra vez.

Más tarde, cuando parpadea por un instante el sol, ella lo vuelve a encontrar en el patio, sentado en el cemento como un niño inexperto con los pies por delante, cegado en los restos de un mirlo muerto. Flora se queda de pie, esperando ser vista. Y cuando falla el intento de captar su atención, ella dice:

-El gato de la señora Deschamps debe habérselo despachado, ¿no crees?

El no responde en el lapso de un diluvio. Entonces alza la mirada y su esposa puede notar que ha llorado. El comenta algo que irrealmente se queda atorado en su garganta.

-No entiendo lo que me dices...- Flora dice. Entonces se dá la media vuelta y regresa a la cocina. La realidad es que no desea que su esposo perciba el agujero en el estómago que sus palabras le provocan.

-Amor, la persona que abre una puerta...¿es la misma que también la cierra?

Ella espera en la cocina. Ella espera que la noche levante vuelo y por el sonido de pasos entrando a la casa para preguntar qué hay de cenar. Pero él sigue sentado en la oscuridad.

Finalmente entra a la casa. La tregua singular sigue hasta la cama. Por repetida ocasión, él permanece en alerta toda la noche. Flora, en la flaqueza de ser isla, se hunde primero en el profundo océano del sueño.

A la mañana siguiente Roberto ha desaparecido.

Ella permanece en la cama. Su Roberto se ha escapado, llevándose consigo sus khakis y sus Hush-Puppies. Ella sabía que no volvería jamás. Simplemente lo sabía. Y ya tendría el suficiente tiempo para llorar su partida por el resto del día.

Lejos, torciendo la vista dentro del cuello del telescopio, la Reina de España repara la entrada de las imágenes sueltas y frunce el ceño. Entonces el siguiente cuadro al fondo

de la lente se torna negro y ni siquiera el joven regalo del reloj de arena al lado suyo le hace ver el futuro más brillante.

CUANDO lo que queda de bueno PASE AL OLVIDO

-Lo que usted está sugiriendo es muy serio...un delito federal, señor Bueno.

La joven Ejecutiva de Cuenta sostiene la mirada fijamente en Eugenio Bueno, hasta que éste se le infla el corazón y desperdiga los ojos hacia ningún punto. La mujer quiere una depresión que esté mejor afeitada, mejor vestida y sea, en general, mejor ciudadano. Ella le explica de un modo directo, sin ambages, el asunto de cuenta corriente y todos los costos porcentuales a *sus* intereses. Eugenio escucha con tedio y espera que su “no” regrese distinto. Ella nuevamente ensambla ley y excepción, con el poder de su firma, a modo que, en medio de los saldos negativos terminada la entrevista, él pudiera entender que aún *éste* Banco de Memoria se desempeñaba con estricto apego a la ley de instituciones de crédito.

-No puedo acceder a condonarle el interés personal, señor Bueno....¿Quiere que nos caiga una auditoría?

El hombre es una figura de la frustración. El permanece apoyado contra el respaldo de su asiento, con las manos juntas sobre el regazo, moviendo los pulgares más de prisa en sus acciones.

-No...por supuesto que no...yo sólo pensaba....

Ahora aquella computadora del universo, casi infantil de gafitas redondas, consulta su computadora. Se salta de la imagen al lapicero y dicta en ciego. Eugenio interrumpe.

-Yo pensaba que ustedes podrían hacer una excepción en este caso...yo en verdad quisiera perder el interés en este recuerdo. He regresado a avergonzarme de mi postura, pero siento que si revisa bien sus reglamentos...tal vez encuentren una forma legal para....

-Imposible....

Pausa.

-He monitoreado su estado de mielósis...y el reporte indica que el equilibrio de depleción se halla absolutamente al máximo. Me temo que no puedo tomar en cuenta el pasivo inicial respecto de sus malas acciones y darle crédito a lo que usted diga....imposible.

La imagen del lapicero da cuatro golpes como una vara y dirige un vals de justicia

-Poniéndolo en forma más simple, señor Bueno...usted está bloqueado hasta nuevo aviso en este Banco de Memoria...

Eugenio se adelanta con la crecida del aire acondicionado y detiene ese compás por la manga.

-¿No entiende?....ya no me sirve.

Se pone de pie. Se arregla el atuendo del día, sabedor que la opulencia distorsiona los números. Pide una disculpa.

-Bien, señorita, lamento haberles pedido algo que estuviera fuera de su alcance. Solo ruego que nunca llegue el día en que usted se halle en una situación igual y la ayuda le sea colocada bocabajo y le echen unos trapos sucios encima.

La aturdida empleada empezaba a elaborar una respuesta cuando su cliente ya se encontraba caminado hacia el iris que oscilaba a lo lejos. Al punto que éste se dilata, el hombre voltea e imagina que estuvo aquí la vida para él.

A la chica le habría de tomar el resto de la semana para olvidar el azote de un reloj puntual, pero al final decide que no tiene tiempo para sentir pena por Eugenio Bueno o nadie más. Ella protege su trabajo como dice la filosofía: existo, luego pienso, y luego lo pone todo en el bote de basura del diablo.

Eugenio sale al patio, insular y aromado y amontonado de silencio. El se encuentra alimentando las gallinas cuando oye a Robin gritar. En un acto reflejo del músculo y del instante, tira la cubeta, derramando el maíz como granizada de Febrero que rebota contra la mampostería de la casa, y entra al restaurant con impulso de pánico, chocando con el mosquitero y resbalando sobre los escalones en el errante punto de las bisagras.

Adentro, advierte a la muerte moviéndose contigua a cuatro figuras jóvenes rasgando las ropas de Robin. Ella se encuentra tendida sobre una de las mesas cercana a la rockola y uno de los muchachos le había destrozado ya la blusa entre regaderos de cerveza. La pantaleta colgaba de un tobillo. Otro le separaba las piernas y se bajaba los *bermudas*, en tanto otro, de repente dice: “¡Putra madre! ¡No puede ser! ¡Esto lo usaba cuando entre al Aguila: zapatillas Zandak, de plástico, en tiempos de calor! ¡Cloch, cloch, cloch! ¡Así las patas, mamá, como hamburguesas crudas! ¡Y una peste! ¡Que tu abuela se hubiera muerto! ¡Mierda!”; y cortaba el brassier con un cuchillo de combate cocinero.

El cuarto asaltante estaba operando la caja registradora, dando la espalda a Eugenio y devolviendo la mosca fría con agitados sorbos a una botella de Pepsi.

Todos ellos habían llegado a este mirador fronterizo para ordenar un plato de camarones para pelar con el brindis a dúo con los grandes y pequeños amores. Eugenio se proponía servirlos, pero Robin le pidió que mejor saliera a darle de comer a las gallinas. Bienvenidos a *La casilla del Peón*. Singular nombre de comedor para los turistas. Sobre el kilómetro 3 de la carretera a Guaymas. Aquí el cliente es primero. Eugenio le da un tierno beso a su esposa y se disculpa voluntariamente con las cuatro personas que han dejado su jeep estacionado al frente y sale al patio. Al principio no puede oír ninguno de los gritos debido al asunto del cacareo.

El sujeto escudriñando la caja registradora oye entrar a Eugenio y gira, teniendo tan sólo que retener un poco la respiración de burla. El todavía tiene la Pepsi en su boca. Eugenio se le abalanza y con la palma de su mano empuja violentamente la botella contra la dentadura del mozalbete. Hundiéndosela en la garganta a asfixiarlo. El tipo pierde el control a 5,000 pensamientos por segundo, abofeteándose en agonía, y cae de costado contra el techo movedizo de sus tres compañeros tratando de violar a la esposa de Eugenio. La cuña del cuerpo inerte, pesada y brusca, enloquece la hendidura del pillaje en un instante. El espejo lee los ojos abiertos al revés. Los calambres del primer violador agarran del cuello al gesticulador de Zandak y éste termina clavando su cuchillo en el círculo luminoso del abdomen por accidente. Ese chillido último en Robin es el peor de todos.

Eugenio halla a la mano las tijeras podadoras que suele usar para la matanza de los pollos cada día domingo y da un rodeo a la barra con ellas, chascando las demenciales plumas con la desenvoltura del hipo. El muelle de su cara es más tenso debido a la desviación de su comisura labial. Fue en la escuela primaria cuando él tuvo conocimiento del apodo que habría aprendido a aceptar de mala gana junto a los demás chicos con quienes estaba creciendo. Se hacen apuestas y no paran de molestarlo con su uso. Ellos lo llamaban *el peón*, o dícese de la figura que “camina de frente y come de lado”. Como mejor le plazca. La forma de una pregunta, con risitas ahogadas, lo mantuvo arrinconado de por vida. Y también le fue propinado un mes de suspensión por atacar sanguinariamente a dos compañeros de escuela.

Eugenio “el peón” Bueno no paró de mutilar los cuerpos a sus anchas, la ronda de los esqueletos, pese al forcejeo con los policías buscando ponerlo bajo control. Los Policías Federales de Caminos tuvieron que recurrir a los bastones eléctricos para inmovilizarlo contra el suelo.

Ni siquiera la extenuante tristeza por Robin, macerada y semidesnuda, lo salvaron de la náusea judicial. Los chicos solo querían divertirse. Como dice la literatura: Cría hijos y te sacaran los ojos. Los testimonios fotográficos en juicio eran canvas del terror. Algunos de esos padres pudieron reconocer en ellas la camiseta que tenía las caricaturas japonesas de uno de sus muchachos. *Sayonara*.

Perseguido por las condiciones de la moral en turno, deformado por la quiropráctica falsa y viudo por mal tiempo, Eugenio Bueno no la pasó mejor en el manicomio. Allí mató a un compañero de internado, dejó inválido a un guardia y asaltó a un gato. Consecuentemente fue reubicado, sin previo juicio, a un campo de concentración de máxima seguridad. La enmienda fija nuevas reglas para cambiar la piel y el sueño postergado, para borrar el pasado licencioso. Cadena perpetua, sin oportunidad de una gota fría en su lengua, más su cautiverio elevado a una cantidad abstracta e infinita se confía en la mala memoria de la gente y de los bancos.

¿Complacido?

-Viéndolos con detenimiento, ninguno de estos reos se nota particularmente peligroso, señor alcaide

-Bueno, Abraham, eso es porque todos ellos se hallan en medio de una realidad virtual. Por ejemplo...¿ves ése?...tuvo un espasmo, ¿lo viste?

-Me temo que fue muy rápido para mí...¿por qué lo hizo?

-Ahhhh....es que busca paz en la esperanza. Al igual que los demás, éste fue confinado a un verdadero campo de concentración.

-¿Cuál es su crimen?

-El era un agente de espectáculos, descubridor de *estrellitas*...finalmente un negocio degenerado a prostitución de menores. Todo un monstruo.

-Mmmm, ahora el estado vegetativo resulta el nuevo estado de derecho...extraño destierro para todos.

-Ya nada es como antes. Nunca más un abultado *staff*. Sólo yo y mis máquinas conectadas a los prisioneros. Un par de técnicos de mantenimiento y ya.

-Quiero entender que de este modo cada hombre y mujer culpados se halla sufriendo una condena peor que la otrora usanza....¿Los trabajos forzados o la pena capital?

-Absolutamente, señor Comisionado. Obsoletos. Más, ciertamente, se sigue criticando al sistema penitenciario, relente ante todo menos del rencor.

-Bueno, la Comisión de los Derechos Humanos no tiene ningún poder coercitivo para dar libertad a los encarcelados en cada agravio, sólo puede dar recomendaciones.

-A propósito, quiero felicitarlo por su destacada labor al mando del organismo. Si me lo permite, hasta creo que su nuevo peinado lo hace ver más alto.

-No cambias, Cervera....

-Ejem, perdón, ellos seguirán conectados hasta que se pudran allí...lo siento.

-Terrible...

-Así es, los ojos abiertos en cada uno de ellos están a punto de abandonar la noche de la concatenación. Los movimientos de iris delatan algún ansia de pensarse vivos. Aquí simplemente los dejamos prisioneros dentro de sus propias cabezas, la isotonía corticalmente estimulada para revivir una escena en el recuerdo, una y otra vez. De modo tal que la concentración te aguarda como un disco rayado.

-Perdón, otra vez...¿Cómo funciona eso?

-Los investigadores lo llaman la memoria moëbius. Es como un sueño. Ellos implantan su lemniscata de alarma en el hipotálamo, que es la base física de las emociones. Antes, los réprobos son expuestos a un filtrado cerebral, donde es listado todo recuerdo suyo. Paso siguiente, el catálogo es codificado, integrado, finalmente seleccionando el momento que más los llenó de terror o congoja. Entonces, bum, acaece la punción a sus gliomas con esta especie de propóleos. Es como un sueño. La curvatura de un mal, mal sueño que se repite para siempre. Crimen y castigo perfectos

Ese visitante distinguido jala la placa del prisionero No. 9.31.6034, probablemente por un cosquilleo de lotería, puesto que el nombre de Eugenio Bueno no debería significar nada para él. No obstante, de un vistazo al estupefacto, intuye que su cerebro colorea la obscuridad, aunque los ojos apenas tienen luz para la fuga.

-Nadie dijo que esto iba a ser simpático...

-Vago...

Eugenio Bueno amaba a su mamá, más que ninguna otra cosa en el mundo. Ella estaba a su lado ocupando un espacio maravilloso, doblemente cerrado, de piel hecha como de jazmín, donde cada palabra era una mirada. Para lograrlo agrandaba ese embudo del goce con sólo un toque de sus dedos. El espacio de juguetería y canciones. Ella durmió en su cama durante el ataque de sarampión. Ella le hizo tostadas con canela para el desayuno. Ella lo defendió en tercer grado de los regaños de su profesor, cuya esterilidad empezaba con un maullido. Ella rezaba los domingos con un silencio lleno de luces, santiguándolo al parejo con su propia mano. Omnipresente creatura. Él amaba a su mamá.

Juntos, se dirigían a Atlixco en su volkswagen rojo. El camión pipa los rebasa. “*Peligro. Material inflamable*”, se lee cuando estalla el sol en su lámina. De paso, el

enorme motor deja su cabellera suelta de humo en las carreteras y después el ojo se aposenta en el relámpago y salta. El carro sale fuera del camino, destrozando el cercado vial, para perderse en la barranca. Todo es muy rápido, difícil de reseñar. Eugenio vuelve en sí y ya es de noche. El techo del automóvil se ha colapsado debido a las volteretas dadas en la caída. Él trata de moverse pero es inútil. No puede moverse. Llama por su mamá en la oscuridad. “*Mami*”, él llama...pero no recibe respuesta. Sigue sin poder moverse. Se sintió aterrorizado como cuando nos enteramos que hemos roto algo caro en una casa ajena. Su impresión era como si hubiese chocado contra una nube y se hubiera despertado impuntual al final del juego del escondite.

Toda esa noche permanece en la misma posición, llorando, llamando a su mami...pero quién sabe a donde se ha ido ella. Al amanecer, vuelve a despertarse, sediento y hambriento y tiritando de miedo y frío, y tan pronto abre los ojos se queda viendo la mueca sucia en el cadáver de su mamá. El volante le había atravesado el pecho. Ella se encontraba aplastándolo con su cuerpo, comprimiéndolo de modo fetal bajo el hueco de la guantera. El no podía moverse ni voltear a otro lado. El sólo podía ver dos ojos vítreos de injusta niebla y respirar por la fenestela en la boca de su madre.

El auxilio llegó a los cuatro días. Era Agosto.

Los cristales se hallaban subidos, pero los zancudos lograron colarse de algún modo. Las moscas habían dejado sus huevecillos. Y otras cosas más crecieron por generación espontánea. Cuando encontraron el carro, Eugenio Bueno estaba fuera de sí. El rictus sardónico en su cara, como en los afectados por el tétanos, deformaba la comisura de la boca. Ocho años de edad. La peor cicatriz de su vida.

El recuerdo se repite y se repite y se repite sin fin, una y otra vez, sin liberación. En un campo esterilizado, pequeño, sólo cuatro paredes cubiertas con mosaico blanco. Cada uno sufre lo que se merece. Nosotros somos un estado de leyes. Nosotros somos un estado de duermevela, de adormidera, de ensoñación. Es normal. Nadie escucha nada, es un campo de concentración pura, aunque el efecto cede ocasionalmente en algún cubículo, en casos como el del prisionero No. 9.31.6034, muriendo lentamente, que susurra “mami” y, con ganas de indagar, habrá sido unos diez años antes, hasta lloró una lágrima que se secó casi instantáneamente. Como dice la geografía: vivimos en el mejor de los mundos imposibles; específicamente, cuando lo que queda de bueno pase al olvido.

¿eS La RiSa cOnTAgioSa?

¿Es la risa contagiosa?

Abordando el elevador en un primer piso de Plaza Américas, Norma Hidalgo repentinamente oye risas alrededor suyo. Una precipitación de hilaridad semejando un cubetazo frío, que la halló a sí misma sonriendo culpable y, al mismo tiempo, borrando el gesto en un tosido, con la solícita seriedad de una persona madura, como si, por obligación natural, en el borde de una carcajada espontánea, hubiera un nivel de flotación para la mente cuando oímos reír. Particularmente, ante risas de desconocidos y, en términos desodorantes para la prudencia, asumiendo la lógica de que tratamos con un reír a tu costa y no contigo.

Tras levantar la mirada, Norma comprende que *dicha dicha dicha* de alborozo se regocija con la locura de Edison puesto que, evidentemente, la risa provenía de la bocina instalada sobre el vano reumático de las puertas que abren y cierran ese calabozo de aluminio, con la idea insulsa de amenizar el corto viaje de un piso al otro a los visitantes.

Más, ¿de qué podría estarse riendo ese auditorio radiofónico?.

¿Risas con el saludo de los pulmones? Sí. ¿Diferencia con los participantes a una fiesta? No. Para los que usan ropa interior, se designan especialistas en producirla aunque en el evento final no haya testigos. Pero la bocina diserta de una risa a la altura de las gargantas femeninas, salvo el trueno distante de un caballero o dos. Postura irreal, movediza, dentro de un elevador. ¿Sí o no presionar el enorme botón para completar la huida?

Por esta única ocasión, Norma sucumbe al recuerdo de una bobería y finge agrado.

Ja-ja.

Norma Hidalgo de Torreblanca, mexicana, mayor de edad, casada sin hijos, señalando como domicilio para oír toda clase de notificaciones la residencia numero 27 de la calle Sardina en el exclusivo Fraccionamiento Costa de Oro, se considera a sí misma una mujer cabal con estudios universitarios, pero quiten las manos todos a la vez si el infortunio le embosca con reveses.

Sin embargo, ¿ocurre que la risa de dos, por especial que sea, la bloquea una gripe?

Norma finge agrado, segura del modelo consorte de todas las escenas del mundo. El Jueves próximo pasado pareció dar inicio. ¿Lo percataron sus vecinos aquella tarde? ¿Aproximadamente a las seis? ¿A la hora de las vagonetas errantes, las tareas domésticas, compras de último minuto, el sudor manando con el día menguante y el Jueves considerado un día que precede al Viernes, cuando la semana entera parecerá volatizarse?. Hasta que la saciedad se repita, el nudo de un buen chiste se queda de pie frente al torpe juego de los saludos.

Claxon del buen humor. Parloteo separado en pares e impares por el vidrio del aparador. En la Comercial Mexicana, una tienda “muy nuestra”, cerca de una de las cajas registradoras, el menor de edad portando el *quepis* anaranjado (que les otorga el sobrenombre de “*cerillos*”). Hay que reconocer que Comercial Mexicana es una de las grandes cadenas que han implementado la política de dar empleo al niño que cree a su escuela ausente de aquel que la cree ya muerta), vuelca una bolsa entera de mercancía al piso y las manzanas pomelo, los limones Colima, la docena de patatas, ciruela, chabacano, melón y sandía se desparraman lejos de los brazos del empaquetador, parpadeando, congelado de terror como postrer residuo de la gran derrama, borroso al cliente que ha pagado extravagantes precios por estos productos y ¡qué pena!, ¡qué pena!, notorio como el color anaranjado al resto de los clientes desenfundando la risa y a la cajera y las otras

cajeras riendo por toneladas y al resto del personal de la tienda estirando el cuello, balanceando las cabezas para reducir la conmoción al tamaño de la matatena.

Norma Hidalgo se halla formada en la registradora adyacente, firmando su *voucher* en favor de Comercial Mexicana, notaciones que son un corto circuito entre la máquina y su tarjeta de crédito, mejor debiera llamarse cuchilla, su pagaré por un total de ¿Cuánto les gustaría?, exactamente 644.00 nuevos pesos por una vulgar compra al menudeo. ¿Para una familia de dos? ¿Nada de comestibles extras para festín o fiesta de fin de semana? ¿Ni vino, ni cerveza ni ron? ¿Nada de mariscos? Ella firma el pagaré a treinta pulsaciones por segundo cuando escucha la risa elevándose en torno suyo, desahogándose, palmeando su hombro, luego voltea sonriente como si deseando participar y, entonces, ve la causa: un niño gelatinoso ha derribado los víveres que ahora pasan a su lado. Norma suprime la sonrisa ante tal cuadro, pero, ¡válgame el cielo!, ¿no es una escena del mejor circo?. Nunca en los zapatos del payaso, encapuchándose con el plástico de la bolsa mientras todo el mundo ríe cruelmente. ¿Pues qué es lo que piensa esta gente? ¿Qué nuestros productos están por los suelos? ¿Qué ahora viene el domador de cajeras? ¿Aquí en la Comercial Mexicana, una tienda “muy nuestra”?

¿Son los Torreblanca vecinos nuestros? No precisamente.

Nadie más tiene “vecinos” en el sentido etimológico de la palabra. En la zona residencial de Costa de Oro, nuestras casas son construidas en base a hectáreas, lo que significa una considerable distancia de una residencia a otra, amén de un neobabilónico escenario esperando visitas *non gratas* (jardines electivos, portones electrónicos, cercas electrificadas), y ni siquiera le es posible a los residentes del lugar echar una ojeada a la fachada del vecino al lado, probabilidad del combate con extraños que puede durar muchos

años a menos que, socialmente, y esto es muy frecuente en la mayoría de los casos, no encontremos con ellos en un terreno neutral. Mientras tanto, no contamos con semáforos en Costa de Oro, ni nombres de calles, excepto la avenida Costa de Oro y el chiste es no seguirse hasta el mar.

¿Son los Torreblanca amigos nuestros? No precisamente.

Nadie más cuenta con “amigos” en el sentido etimológico de esa palabra. En la zona residencial de Costa de Oro, todos somos relativamente nuevos y un buen número de quienes no terminamos de pagar el enganche todavía, estamos planeando mudarnos otra vez. (Por supuesto que hay moradores en esta área que son considerados decanos. Estos pueden recordar incluso cuando Plaza Mocambo era un oasis de dos puertas –norte y sur– nada más y, del otro lado, la “playa privada” mejor conocida como el “médano del perro”). Por ende, la mayoría de nosotros –residentes– no tenemos la preocupación por tener (o ser) amigos, pero somos técnicamente amistosos y somos todos muy, muy sociales.

Los Del Peón, por ejemplo, hicieron las paces con los Torreblanca a los pocos días de su arribo. En ellos fluye una simpatía discreta, solvente, altamente codiciada, atractiva, que casi inmediatamente les llevó a formar parte del Club de Leones, A. C., al igual que la prestigiosa membresía del Club Britannia. El señor Del Peón llega al puerto un año antes de mudar a toda su familia desde Tehuacán, Puebla ¿O se refirió a Toluca?, para tomar la subgerencia de ventas de la empresa Bimbo del Golfo, S.A, y, posteriormente, ascender al puesto de gerente haciéndose *rosca*. En tanto que, su gentil esposa, en “*carrusel de jengibre y canela real*” de dos piezas, con bordados al tono, recientemente ha hecho a un lado sus labores de casa para dedicar la mayor parte de su tiempo a la señora Mantecón, en un muy blanco “*Everest*” con cuello de encaje inglés, en las brigadas de promoción al voto de su marido. Esfuerzo inútil puesto que la dama habla a nombre de todas las voluntarias

con la mejor publicidad que su talla puede ofrecer, posando al lado del candidato como ejemplo de mujer que no solo vota, sino rebota.

Los Del Peón viven en una casa de dos plantas, doble garage, cuatro recámaras, dos baños, estancia, protecciones, tanque estacionario, antena parabólica, bomba y aljibe, con valor de N\$ 350,000.00, trato directo. Tienen tres hijos con sus respectivas aspiraciones de guitarrista, director de películas y de madre soltera, salvo la parte alícuota respecto de la herencia en sus derechos de casta. El señor y la señora Del Peón se han dirigido a ellos con la voz de siempre y ahora dan la bienvenida a los Reyes y Reyes al centro de un espectacular arreglo de Iris, Felanopsias y gerveras. Pregunta: ¿De dónde exprimen tanto tiempo para ser padres y al mismo tiempo ser anfitriones?

-Perdón, me distraje un momento. Mucho gusto, señora Reyes Reyes.

-Es Reyes yyyyyy Reyes, si me hace el favor.

-Disculpe. Y ¿tiene teléfono?

-Sí, es el 32, 31 yyyyyy 26.

Norma sacude la cabeza, retrocediendo cortesías al resto de las miradas en complicidad jocosa y castigando a sus adentros ¿por qué?, ¿por qué?, ¿por qué? ¿Qué he hecho para llegar hasta aquí?

Tres días después, el más perturbador incidente de todos.

No quiere esto decir que Norma cavilara al respecto una serie de pensamientos desligados del aire. Ella no es ese tipo de mujer, la obsesiva-neurótica-agresiva, fantaseando respecto a los dimes y diretes, lastimada, sospechosa.

-Tengo miedo...

Norma está sentada, por supuesto, en la estancia familiar que Rafael prefiere llamar “el cuarto de la tele”. La voz suena tranquila todavía.

Rafael deja caer el “*Selecciones*”. Responde con un blando, pero vago:

-Manda, cariño.

-Rafael, tengo miedo.

-Eso está muy bien...

Vuelve a retomar su lectura con orejas enterradas.

-¿Tú no tienes miedo?

Rafael hace los bizcos por atender, a un mismo tiempo, el testimonio de un niño ante el crimen de su tortuga, durante la invasión a Grenada, y festejarle su gol al *América*.

-Yo tengo una suscripción por seis meses....

El teléfono suena.

Norma levanta el auricular con la seguridad de que le incumbe la llamada, murmura unas cuantas palabras y cuelga. Rafael la interroga mirando en dirección suya, aunque la columna vertebral permanece en la revista y el televisor.

-¿Qué te pasa?

-Tengo miedo.

-¿Es la regla? ¿Una migraña? ¿Mmhh?

-Tengo miedo.

-Tomate un Advil.

Norma se queda reflexionando en lo que ella piensa será una broma más pesada que sus brazos.

El control remoto sube el volumen de las carcajadas del televisor.

Simple aburrimiento por el tema, quizás.

¿Que tema?

¡Pobre de Lety! ¡Desventurada *esqueleti*...!

Desde los inicios de su problema dieciocho meses hace y la primera mastotomía, luego la segunda mastotomía y el final tratamiento de quimioterapia, su círculo de amistades se ha reducido, y aquellos que llegan a visitarla, preponderantemente mujeres en suicidio colectivo, han hallado difícil la situación.

Tanto tratamiento es muy, muy triste.

Los estadios del tumor maligno.

Los más allegados nos atrevemos a visitarla al hospital, el resto espera verla en casa. Es muy embarazoso no saber que decir o hacer en el pequeño rincón de sutileza, cuando el lugar más incomodo está junto al teléfono, para repetirle a otros el episodio de razones inexplicables y sufrir, por lo tanto, con los demás de forma sana. La compasión tiene que ver con el cariño a los perros e intenta ocuparse de otras cosas, de llegar con retraso, y asumir el duelo con lágrimas que vienen a los ojos y tocar otro tema. La discreción está alineada en la fila de los que pasan a retirarse y la familia más cercana queda sentada, sola, junto al agobio de intercambiar palabras con mi cuñado, Raúl, quién da la impresión de estar resentido, reprobado, como los hombres suelen estarlo cuando se les deja la tarea de bautizar con frascos de lágrimas; aún Raúl, quién en otros tiempos fue como un pinchazo de jactancia, parece ya parte de ellas. Como la historia de las guerras antiguas, claro, pero ¿Cómo puedes esquivar el tema, con ese pobrehombre teniendo fija la mirada en ti, sin hacer un gesto...sólo mirando?

La misión no fue encomendada a ninguna, pero las hermanas hemos adornado con olanes y papel crepé el cuarto de aislamiento y reemplazado el tazón de su tos, turnándonos

el sueño por la madrugada. Las hermanas no dejamos de percibir un aire de familiaridad bajo los ralos mechones de lo que fue antes su cabellera rubia, bajo otras cejas dibujadas cruelmente, el par de ojos asfixiados de miedo, su desnutrido cuerpo reclinándose un poco para agarrarte del brazo, pero ¿Por quién de nosotras? Sus hermanas hemos adornado con olanes y papel crepé y sólo queda mandar a imprimir invitaciones.

(Raúl bromea, disfrazando su amargura al mismo nivel de la mala afeitada: “¡Caramba, ni que tuviera Sida! ¡Pueden estar seguros que no es contagioso!”)

Sus ojos se mueven vacilantes al acercarme. La tajada humana nota que es la cuarta ocasión que dirijo una mirada a mi reloj de pulsera. Fija la vista, como un clavo percibe la veta de la madera, que igualmente percibo la urgencia del *cristo* en el respaldo de su cama por escapar, así que reclina el cuerpo, casi tirando los platos de la mesilla de cama, despellejando el corazón en el intento, ¿por qué esta elección de mi persona?, recobrando mi mano con sus esqueléticos pero firmes dedos y boqueando rápidamente, intensamente. Ojos agrandados por sondas que laceran. Y susurra.

Doy la impresión de estar oyendo con atención, estar conmovida. No se nota que he estado pensando todo el tiempo en mí, mejor dicho, he estado...no importa.

Con la sonrisa estremeciéndome de susto, respondo:

-¿En verdad lo crees así?

Desconcertada, Lety debe de pensar: ¿creer qué?

Es la primera vez que veo a mi hermana vulnerable. Imagino otra respuesta telepática: “Que tu esposo quedará devastado cuando partas. Que el resto de tus hermanas te extrañaran mucho más que yo. Que tras el *shock* inicial toda la sociedad volverá a su rutina diaria”.

Nos rodea un largo, largo momento.

Los estadios del humor maligno.

Lety lee mis pensamientos, incrédula, sus dedos aflojan la presión de mi brazo, sus fosas nasales se expanden, y expira.

En ese momento, todo el oxígeno del cuarto parece chupado por medio del descomunal bombeo de la demencia. Queda la sensación de una naturaleza enfriada, una llama invisible, rocío, vestigios.

-¡Dios mío! -exclamo, apartándome de golpe -¡Tengo que irme, son más de las seis y debo hacer unas compras!

Ella debió haber dado un grito por demasiado brusco que fuese, sacudir el sistema de iluminación, sí, debió pellizcarse el cuello, acuciar el garbo. ¿Qué les pasa a ustedes?. Uno saca la lengua y surge el cascabel de comicidad. La carcajada se repite. Befata que el prójimo a su vez repite, importándole nada su desenvolvimiento como burbujas de carbonato. Rompiendo el tabú dentro del elevador que consideraste sólido, firme, permanente, irrompible, dotando de alas ligeras a Norma H., embriagada de formalidades por la vida real. Ella escucha risas en el interior, abrazándola toda. Tan divertidas, contagiosas. No precisamente.

Con elasticidad pronta, Norma interpone la mano en la puerta automática y decide usar las escaleras, seguida de un tropel de silencio.

Ja-Ja

BUENAVENTURA Y SUS QUINCE HERMANAS.

Imaginemos a quince hermanas encerradas dentro de la caliza de su casa por tres años.

“Otra rebelión está dando comienzo” -su hermano les advirtió- “y la policía secreta está subyugando a la población como hormiguero. Nadie debe salir de esta casa por ninguna razón”.

Esas hermanas se amontonan en la ventana luego de que el hermano sale a trabajar. Invitadas a la convivencia del óvalo, observan atrás del enrejado colonial a las hordas de jóvenes gritando y perdiéndose de vista. Algunos venden su sombra en el mercado por los dulces 35 pesos diarios que hacen la vida. Las hermanas se maquillan de anemia, no sin antes reverenciar a la vida a través de un vuelo de zumos del almendro, y todas ellas acaban retrocediendo de la ventana y se adaptan a los pocos sonidos de la casa. Esta es la hora cuando los cuerpos cansados se ponen ropas limpias, aunque el amor apesta cuando pasa mucho tiempo.

Las hermanas reclaman entre sí una rodaja de riña al principio, vuelven su cara, más pronto advirtieron, de la mayor a la menor, que estaban completamente solas y que se necesitaban unas a las otras.

De la calle se filtra la noche sin mostrar mayor rasguño.

Buenaventura ha de salir a trabajar todos los días. Las cucarachas dan lo mismo que existan. La abuela madre ha de sentarse aislada, tan lejos del ventanal como le sea posible, bordando edredones con unicornios, castillos y princesas de cabellos como los pelos del elote. Una lechuza se une a los grillos.

“Cantar y fingir la voz han sido declarados prohibidos” -el hermano anuncia un día a la llegada de trabajo- “No canten dentro de la casa por ninguna circunstancia”.

Así que los sonsonetes de los marchantes en la calle cesaron. La zagala con la boca en frunce, que solía hacer alto frente al ventanal, continuó llegando con su cargamento de zapote mamey, jícamas, dos pencas de plátano macho y seis de platanitos ratán, pero nunca más ponderó su fruta, nunca más volvió a mover el cuerpo fiero frente a la calle larga, que va subiendo, para llamar la atención de las hermanas de Buenaventura. Ni el nevero tampoco les volvió a recordar el cuadro familiar del almíbar del sol y el reto tropical. La hora del atardecer parecía distinta.

A sabiendas de la veda de cantos, las quince hermanas empezaron a remover el tizón de canciones viejas.

“Maldito quién muere de amor...y no le basta” -ellas cantaban.

El hermano alcanza a escucharlas a su regreso de la jornada y monta en cólera.

“¡Nada de cantos!” -reitera, pero las quince hermanas pronto olvidan.

“Quiero decir que debo decir alguna cosa...que no puedo decirla. Un querer aprisa, con el viento al hombro, y éste será el último nombre que escuche el mundo” -finalizaba la copla.

“¡Asómense al balcón para ver los trovadores que obtuvieron el permiso de morir cantando de igual modo!” -el hermano insiste, arrastrando la silla para acercarse al jerez.

La advertencia se vuelve un zumbido en el aire. Con el calor han reventado las moscas.

El hermano trabaja como despalillador de una tabacalera, así que sus hermanas le demandan entretenerlas con chistes.

“Todo el pinche día” -sus cortas manos hablan, exprimiendo una fruta a igualar la copiosa lluvia exterior- *“por mi taller atraviesan recortes de periódicos en los que nunca he*

creído. Me pesa la herradura del maxilar y me devano repitiendo chungas a los compañeros que no pueden laborar sin dejar de escucharlas. Tanto les preocupa estas historias que hasta son capaces de pagarme un porcentaje de sus salarios por volvérselas a repetir. ¡Pero el cielo me libre de olvidarme recrearlas con la suficiente pasión porque serían capaces de reemplazarme! ¡Pa' mí no tiene nada de chistoso chotear el *taqui taqui* con los desventurados ejércitos de los dedos en horas de trabajo! ¿Y ahora ustedes esperan que vuelva a casa y empiece de nuevo? Vayan con Eduviges para que les cuente sus historias. Ella sabe mejores chismes de los que yo me sé y además son todos ciertos”.

De ese modo, las quince hermanas corren con la abuela madre, quién por treinta años difícilmente hubo sostenido un idilio con cualquier otra persona que no fuese el invierno. Y luego de tres meses de importunarla con la súplica colectiva, la vieja sonrío: “Está bien, está bien, les contaré la historia acerca de la peregrinación que hice a la capilla de la milagrosísima Virgen de la Jareta. ¿La habían escuchado antes? Según la piadosa leyenda, ella fue hallada en las márgenes del río Tecolutla, niñas. Y allí mismo levantaron el bohío de la advocación de Nuestra Señora con barro y cañas del espíritu tirado todo el día sobre la fe y los pisos y paredes tejidos con trece diferentes clases de palmas, traídas de trece regiones distantes. La imagen misma es un milagro, tan solo del tamaño del largo del brazo. La virgen es tosca como un coco cortado de un filón y hermosa, con su vestido muy ornado, completamente decorado con joyas a salvo de macutenos. Coronada de oro y pintiparada sobre un pilar de plata, en un brazo carga una cruz en mosaico de jade y en el otro brazo al santo niño. A sus pies colocan sus exvotos la gente que concurre: mariposas, sombreros, trenzas de jovencitas, moños, medallas, charadas de la lotería y zapatitos. En fin, yo no tenía nada que ofrecerle, así que me arranqué este diente, ¿Ven?, y lo dejé para su gloria.”

La vieja guiña de cansancio.

Las hermanas, nada satisfechas con este relato, no les quedó otra opción que regresarse las miradas en complicidad, luego escoltaron a la anciana de la pequeña sala hasta la cocina, donde la sentaron en la silla del hermano y le arrimaron el ventilador de pie. Buenaventura le cede el melindre de su jerez y comenta con tristeza arrogante:

“La brújula madre ha perdido el sentido”

Así que la anciana empieza a estornudar a ablandar el secreto de los *ñañigos* y los *santeros* que son capaces de sanar y hacer volver a los muertos.

“Algunos llegan a caminar sobre un tapete de brasas. Ellos bailan de un cierto modo, con el machete haciéndoles un giro sobre la cabeza. Así.”

La mujer se levanta de la silla y avanza a tientas sobre el piso de mosaicos con motivos vegetales para enseñar a las quince hermanas, que ya se hundían hasta su centro de la bayadera.

“En tiempos del levantamiento de *Yanga*, muchos actuaban tan desenfrenados que uno nunca podría haber adivinado que se trataba de esclavos. Cuando ellos tragaban fuego, ellos se comían al loa también y de esa manera el espíritu maligno era destruido, sí señor. Posteriormente el *asator* entraría en calma y los participantes recibirían su *macandals* en perlas y plumas que luego traficaban por monedas. No faltaron algunos que eran capaces de ahorrar lo suficiente para comprar su libertad y, de ejercer un hechizo más poderoso, hasta el conuco del provecho propio.”

Buenaventura levanta ambos brazos en un arco y un botón salta de su guayabera, girando con los hilos invisibles de los nervios crispados. Eduviges regresa a su asiento.

“Hubo una vez” -Eduviges susurró cabizbaja- “un hombre locamente enamorado de un chimpancé. El se hizo a la mar, en una trabazón meridional cuyos desplazamientos

abarcaran el Polo Norte, África, España y los imaginarios Catay y Cipango. La intención de bajar en cualquier lugar de éstos era cazar los animales más fieros, disecarlos y remitirlos a los museos de las ciudades más importantes. Al retorno de los cuatro horizontes, todo su cargamento consistió en un mono vivo y la piel de un maldigerido leopardo. El extendió la zalea sobre las baldosas de su casa y se sentó con el mono a un lado y la vista perdida al exterior, la vista perdida al infinito, todo el día. Cuando un vendedor de frutas se detenía a saludarlo desde la ventana, el hombre ya podía comprarle al simio una banana o un mango. Un ademán insalvable ocasiona la demencia en una cambuja que se llegó a enamorar del marino, pero éste no encontraba ningún brío en ella. El se hallaba totalmente feliz en su inmóvil sopor, con el mono a su lado y la lengua del gato desenrollándose sobre el piso.”

“¿Quién entiende a los hombres?” -una de la hermanas exclamó- “¡Si yo no me atreviera a pensar mal, las mejores palabras de amor están entre dos gentes que no se dicen nada!

“Y la extraña parte es...” -Eduviges se santigua dos veces- “...que cuando el primate tuvo crías, los bebés tenían el rostro desencajado del hombre. Fue cuando el pueblo entero le tomó a las afueras y entre helechos del mar le ahogaron, junto con sus diabólicos changos.”

Las hermanas hacen un gesto de desaprobación. Buenaventura se caga en las grandes tonterías universales y niega la posibilidad del simbolismo.

“Pobre ciudad nuestra, recaladero de supersticiones, no cabe duda” -acusa- “¡Y a usted se me hace que le hizo falta casarse!”

Como un favor especial, Eduviges le araña la cara.

Las hermanas se levantaron, secreteándose, y casi al mismo tiempo suplicaron a la vieja nodriza que les enseñara como abrir agujeros en la cal de la pared y allí contemplar el

universo, a interesarse por los tatuajes de los prisioneros, a sobreponer los tules de los mosquiteros por donde entran las tristezas de los muertos o arrojar agua hirviendo a los invitados. Luego de aprender tales destrezas, ellas abren la puerta a los cocuyos para mezclarlos con cada danza que la vieja ligaba con los disturbios del colon ascendente. Y la pobre de Edivuges se veía obligada a mostrarles los mismos pasos una y otra vez.

“¡Tal vez sea denegado cantar, pero nadie dijo que no se podía bailar!” -Eduviges les instruía en el nuevo día- “¡Los pies son la parte vegetal del hombre!”.

Buenaventura se despertaba con el lenguaje de la luz cada mañana y en vez de contemplar a sus quince hermanas acomodando la mesa o pasando jerga al piso, ellas practicaban los cambios de pasos de mil centurias hacia adelante, con medio giro y descansos.

“De esta manera bailan los niños nonatos que se pasean de noche comiendo guayabas, así, en una larga hilera, uno, dos, tres, ¡crick!, el cordón umbilical se rompe”

Las hermanas hallan una hilacha en el suéter de punto de cruz y se amarran hasta los huesos en larga fila. Uno, dos, tres, ¡chas!, la cuerda no dura mucho, pero es suficiente para sobrellevar la temporada bailando su primera *conga*.

“Aún en las mejores familias” -Eduviges inicia otro relato- “existen secretos bien guardados. Hace mucho tiempo, un Coronel murió sin que le hubiera sido posible el casamiento con la madre de sus hijos, cierta reina enmelazada del Carnaval que huyó arrastrando sus hopalandas cuando descubrió que la prole era demasiada para ella. Cuando el militar expiró, todos sus hijos e hijas, ya sumamente crecidos, aseguraron con audacia vertical el cuerpo sobre su cama y salieron a buscar alguna mujer que estuviera de acuerdo en pararse junto al lecho y aceptara contraer nupcias con el difunto. El sacerdote que llevó a cabo la ceremonia era miope para empezar y dado que el hombre estaba muy enfermo para

recibir la caricia, el religioso consideró pertinente mantener su distancia con el tufo, siendo de ese modo que nadie notaría la diferencia antes del cero.

Iglesia y Estado mostraron alivio ante el anapódoton de los absolutos certificados y, de paso, hijos e hijas e hijastros lograron ser parte en la enorme herencia y escupir la lápida."

"Esa historia" -comenta Buenaventura, tijereteando con sus dedos el aire- "demuestra que hacer la *guaya* no conoce de sabiduría"

La mayor parte de los dos años siguientes, Buenaventura se preparó para hacer magia negra en contra del cuartelazo y culpar a la revuelta por el robo de los cascabeles. Tampoco era ingenuo, ni de su vida podía uno saber cómo estaba el oleaje en el malecón. Es el decir de las malas lenguas que el mismo diablo desataba un combate entre dos espejos en esa casa encantada.

"¡Cuando vuelva el tiempo de las comparsas! -Eduviges consuela a las quince hermanas- "¡Es cuando veremos quién finalmente tenía la razón!"

Las hermanas ya pedían detalles del colorido de la fiesta, de las máscaras, los tocados, de los remolinos de lentejuelas y los paseos en carroza por la avenida del puerto. Todas ellas ocultan la risilla con la mano puesta en la cerámica rosa de sus mejillas al oír las explicaciones.

"¡Shhh!" -alerta Buenaventura- "¡No entienden que no existirá tal tregua! ¡Los españoles se han ido, pero les dejaron a otros sus prisiones y formas de interrogatorio!"

Más, tan abrupto como comenzó, el motín terminó. Una mañana, las calles se despertaron desiertas, sucias de cachiporras y bayonetas abandonadas por la retaguardia. Para las dos de la tarde, la noticia de la paz restablecida alcanza a las primeras personas que

salen de sus casas. La gente se asoma en grupos de diez, luego de cientos, musitando un nuevo himno, aplaudiendo y golpeándose el pecho.

Y las hermanas salen a cantar y bailar de emoción. La gente que las mira, se dice una a otra: “¡Estas niñas bailan como si hubiesen soñado con este instante toda su vida!”

Buenaventura camina detrás de ellas, el cuerpo se le quiebra en pedazos cuando trata de ejercer su autoridad y enmendar las reglas. Pobre, en balde enteró su nombre. Hoy los dioses se han vuelto invisibles y solo Eduviges puede explicar el misterio de las niñas transformadas en gladiadoras, dispuestas a la guerra, bailando en círculos, para que el mundo cambie todos los días y la luna reviente por la noche despidiendo una diarrea de perlas.

DESILUSION POR EL CAZADOR DE TEPEXPAN

Este es el modo como las leyendas nacen.

Chano Pozo, el talentoso músico de congas de las amplias calendas estelares de los 40s, fue alucinantemente acribillado a quemarropa por una mulata común del Café Río, de las calles de la Habana, el 2 de diciembre de 1948. Los cargos de homicidio fueron sobreesidos en la comisaría debido al bien conocido genio iracundo del artista.

Gilmar Mauro, líder del movimiento radical *Sem Terra* –literalmente *sin tierra* en portugués- que movía a 500,000 de sus miembros a ocupar las tierras improductivas y reclamar *de facto* su propiedad en un evidente modelo *a la mexicana*, murió por accidente cuando fue mordido por una venenosísima *lampropeltis triangulum nelsoni*, a 60 kms de Sao Paulo, el 19 de Septiembre de 1985. No había razón alguna para que la víbora estuviera en el lluvioso paseo matinal, ninguna razón para que Gilmar muriera.

Lady Diana Spencer, la mujer tocada por un pase de vara encantada para ser la protagonista de uno de los grandes eventos del siglo cuando irrumpe esta boda que dejó por claro que cualquier mujer puede ser reina por un día, solo minimizada por las noticias de su propia muerte, confirmadas en las primeras horas de París, el domingo 31 de Agosto de 1997, luego de que el mercedes 280 que la conducía alta velocidad lejos de los fotógrafos se impactó contra la columna trece de un túnel cercano a la Plaza de la Concordia. La Princesa fue llevada de emergencia al Hospital La Piete Salpetriere, donde pasó por dos horas de cirugía por volverla a la vida sin éxito, hasta ser declarada muerta a las 0300 BST. La culpa fue arrojada a los *paparazzis*.

Guillermo Bolitho, el sobresaliente abogado argentino cuyo libro de su *autoría El crimen por gusto* revolucionó la psiquiatría forense y las actitudes penales hacia los

asesinos en masa, murió repentinamente en una tarde de junio de 1930, en un hospital de Avignon, víctima de la ineptitud de un doctor francés que permitió que un simple caso de apendicitis se complicara en peritonitis. Error imprudencial.

Augurios verídicos.

Todas estas muertes hieren como una cuña de diamante entre las cejas. La desmesura en la coincidencia es irreflexiva y exultante estado de gracia que simplemente la cotidianidad de las edades del hombre da a clasificar como “desgracias inteligibles”. Cada una de ellas no es menos abrasadoras y de distinta álgebra mortal que un ojo entreabierto en el circo. No hay red bajo los fosforescentes acróbatas de los trapecios. Por lo tanto el deceso de Fortunato Hidalgo debe considerarse otra más de estas contingencias que acaecen en un claro instante, íntimo y elemental, dejando al orbe entero sin poder articular palabras para lucirse por encontrar alguna explicación de cómo un mundo de certidumbres, gran motor invulnerable y real, puede fracturarse tan rápidamente, luego de recién pintado. Ninguna de ellas debió haber pasado. Al final queda una sensación de que pudieron haberse evitado, sin embargo se mueve una pieza y se trastrueca íntegramente la problemática. Puesto que cada una de ellas estuvo predestinada en el fácil juego de cubilete. Un día el jugador toma los dados y queda echada la absurda suerte sobre el tapete.

Para Chano Pozo como un saludo martillando una pistola que no hacía fuego.

Para Gilamar Mauro como un antídoto en su almohadón con cascabeles.

Para Lady Di como la luz perdida en un revelado a alta velocidad.

Para Gulllermo Bolitho como la disculpa por el anverso y el reverso del diagnóstico de un curandero.

Y para Fortunato Hidalgo, un partidario del amor libre a los 44 años y que aspiraba a estatua espiga del parque, graduado con todos los honores pero que olvidó cierto día de

sonreír, quién nunca se aventuró más allá de su territorio en Altamira, Tamaulipas, excepto para visitar a sus parientes un año nuevo de 1976, la suerte siguiendo del dolor al dolor con su deceso en gerundio singular: magníficamente triturado bajo la triple hilera de dientes en la boca de un saurópodo de 21.3 metros habitando en una tierra que jamás existió.

La grúa tipo “Derrick” de 21.3 metros tomaba su lugar a un lado del muelle. El movimiento portuario de contenedores provoca un tañido aturdidor desde las 8 de la mañana en Altamira. Los polipastos tiemblan, dan un paso, retroceden, mascan el arnés que luego va a asemejar campanada. Los maniobristas poco saben del tatuaje de anclas en los antebrazos, sino ajustarse al principio del *paralelogramo de las fuerzas*, o sea, la distribución de éstas entre el mástil, el brazo y los cables para los movimientos tonelada. El cielo está lavado. Una bandada de gaviotas revolotea en el nivel del aire de los cabrestantes. Una segunda y una tercera grúa luchan a muerte para arrebatarse las entrañas del buque carguero. Los monstruos mecánicos difícilmente habrían podido imaginar cuándo y con qué propósito volverían a la costra terráquea que de tan mala gana abandonaran una primera vez. Todo termina, todo vuelve a ser.

19,000 años antes, un artista de anonimato igual a las hogueras abandona el idioma habitual y ahora explica su amor con dibujos maravillosos, que también son una música saliendo de su cuerpo y que purga rebajando los pigmentos con su saliva. Después del sortilegio de los dedos cubiertos de ocre y bermejo, llega el bestiario con sus sombras. Es el poder de los bienes ancestrales: lava y fauna a gran escala. Las paredes de la cueva ahora contienen un relato, un pie de nota, una amonestación en el incendio negro de las piedras. Es una cuestión de considerarte salvado contra las fuerzas de la naturaleza. El artista se excluye del exterminio de las bestias dándoles el ajeno nombre de cacería. Las pinturas

secan, algo ha cambiado. No sin temor sales a la puerta a querer ver algo, la colita siquiera, del maravilloso espectáculo que pasó junto a ti perturbando tu mundo. Todo termina, todo vuelve a ser.

No pocas veces el despertar es una operación llena de sorpresas. Básicamente, Fortunato Hidalgo sale de su domicilio a las siete cuarenta y cinco todos los días, excepto el jueves (cuyo día de la semana dedica para recoger la nómina en la sucursal bancaria número dos, en la zona financiera anexa a aduana marítima, que abre hasta las ocho y cuarto, por ende su treta de dormir un poco más le permite salir a la ocho puntual). Hoy es Jueves. Queriendo soslayar las precauciones, esa mañana se le agotan las navajas de afeitar. Así de simple. El tiene que recurrir a las tijeras para propiciar siquiera una simetría en las patillas y eso le toma unos minutos extras. Con prisas alcanza a salir de su casa a las ocho con seis minutos. Su rutina es alterada por primera vez en 17 años. Así de simple. Con gotas gordas de sudor alcanza el boulevard, pero se percata que no le es posible recuperar los minutos perdidos por la ruta habitual, por lo que decide tomar un atajo por la glorieta de las suspicacias. Al regresar de tu paseo matutino sientes los pies mojados y un ala de mariposa *rothschildia jacobaeae* adherida a tu zapato izquierdo, indica claramente que algo te desvió del recorrido habitual. Augurio verídico.

19,000 años después, el estruendo del sol sigue siendo antiguo.

En la ventana del Oeste, alguna aproximación a un plano general de orientación urbana.

Una órbita de atajo.

Una escasez de hojas de afeitar.

Otra aparición de raras criaturas de premonición que muerden y remuerden la conciencia.

La culpa repugnante en primera plana de los periódicos.

Ligeros vientos del Este que presagian un huracán...

La grúa tipo “Derrick” de 21.3 metros hace una maniobra hacia su izquierda. Las nubes ignoradas al oriente cortan la secuencia normal del paisaje. Un relámpago simple, secundario, desciende hasta el cuerpo de la maquinaria pesada y ocurre qué, luego que el polo transmisor resulta favorable, la cabria logra el reflejo y así recupera el real funcionamiento de todos sus componentes. El proceso telepático desencadena el viaje fuera de control, con rotaciones que tienen como eje toda la materia que se repite a si misma desde el dolor y el placer y la conciencia. La grúa atraviesa el muro de contención e invade la ciudad. Así de simple. Antes de detenerse, deja caer las tenazas de acero sobre la humanidad de Fortunato Hidalgo y quedar enterradas en el fondo de su alma. Todos los edificios alrededor se sacuden con el impacto. Mientras los humores de la carne quedan aplastados un metro quince centímetros por debajo del pavimento, entre diseños de polvo y oxido y carbono catorce, un silencio apropiado llena el ultramundo octagonal de las calles de las ocho y cuarto de la mañana. Todo termina, todo vuelve a ser.

Fortunato Hidalgo tomó un respiro profundo buscando el calor, la fuerza, que le raspó la garganta y abrió los ojos. Por un instante no pudo distinguir nada. El dolor era lento y cíclico. Traga saliva y procura controlar los latidos de su corazón a un ritmo más lento. La vista se aclara. El se hallaba sumido en lodo hasta las rodillas. El olor emanante era como de una ciénaga. Algas violetas y rojas flotaban en la periferia. A distancia, un enorme conjunto de volcanes de moderada actividad anulaban el horizonte. El sol deja caer sus cobrizos pétalos sobre el lecho del pantano y continúa su camino ascendente. A un lado, muy cerca, grandes cicadinas formaban un bosque que dominaba el área. Las palmeras en

el otro extremo tienen un tronco vertebrado y se debaten rítmicamente a causa de un tambor especial. Uno de esos espías, escondido tras los árboles, camina en cuatro patas y roe durante horas y horas, los despojos acumulados en las orillas. Fortunato se había materializado en medio de la manada. Los descomunales cuerpos de estos saurópodos ejercen el misterio de la hondonada, que se aleja según la dirección del viento, con un pedazo de helecho con equilibrio en la punta de sus ridículas pequeñas cabezas. Es de todos sabido que se tratan de animales herbívoros. Fortunato Hidalgo erige su república desde sí mismo y se pregunta: *¿Serán lo suficientemente inteligentes para saberlo?*

Directamente encima de su humanidad, el apatosauro giró el prolongado cuello y busca el apetito que le late en el vientre. En un instante postrero de lucidez, Fortunato Hidalgo aprieta el esfínter y se asombra ante la colosal boca con sus tres hileras de dientes apresurando contra su persona. Ni siquiera tuvo tiempo para gritar. Las mandíbulas de roca viva lo aprisionan por el torso. El apatosauro dilata en entender que el nuevo alimento a medio masticar no se trata de una nueva especie de la flora triásica. Y desde lo alto ya arroja la cosa desagradable. Necesitaba probar para rechazar. Por una vez el resguardo del augurio fatal no se remitirá a las densas bibliotecas.

Cuando los socorristas excavaron el cuerpo, aún los curtidos en trabajos de rescate no pudieron evitar el momentáneo espasmo de náusea. Ni un solo hueso quedó sin romper. Los músculos y la piel parecían mordisqueados por una nación de mil jaurías. No obstante, para el asombro de los tres paleadores que dispusieron la masa de astillas y coágulos dentro de una bolsa de vinilo a modo de mortaja, la cabeza y el rostro estaban intactos. Todos estaban de acuerdo que la expresión en la cara era por lo más extraña. No era de miedo o

desesperación, ni siquiera dolor o pena. La cara era un total cementerio de células que terminara de despertar de extraño sueño. Todo termina, todo vuelve a ser.

Ya no llovió esa noche. Ni en ninguna otra parte del universo conocido.

So, so you think you can tell

Heaven from Hell

blue skies from pain.

Can you tell a green field from a cold steel rail?

A smile from a veil?

Do you think you can tell?

And did they get you to trade

your heroes for ghosts?

Hot ashes for trees?

Hot air for a cool breeze?

Cold comfort for change?

And did you exchange a walk on part in the war

for a lead role in a cage?

How I wish, how I wish you were here.

We're just two lost souls swimming in a fish bowl,

year after year

Running over the same old ground.

What have we found? The same old fears.

Wish you were here.

--Roger Waters

INFUNDIBULO CRONOSINCLASTICO

De todos modos así fue -por todo lo probable y todo lo posible- que me hallé haciendo acopio de fuerza para levantarle los hombros caídos al teléfono público y marcando de vuelta a casa. De todos modos descubro lo singular de un mediodía emparedado con revancha de celofán y siete caídas las sufre el disco bajo mi índice. Aun así, nuevamente sube la escalera del brazo para cubrirse de la percusión de la calle que entra al oído, a cambio las palabras cuelgan de la boca: ¿Hola? Un imbécil me diría que en las caricaturas, los diálogos sólo sirven para divertir, que la persona a la izquierda siempre los habla primero. Entonces recuerdo mi voz, ahora desaparecida, dolorosa como un hueco, como si alguno de los nuevos inquilinos la hubiera amputado. Veinticinco años o más desaparecieron por un vidrio roto. Estaban ahí, desde el principio, paseando un caramelo entre los dientes, hasta que me hallé haciendo acopio de fuerza para levantarle los hombros caídos al teléfono público y, harto del mundo, encontrar la conversación prodigiosa conmigo mismo.

¿Quien habla?

En el otro hemisferio, la noche es gemela, aunque ni siquiera Dios adivinó romper la barrera del sonido. La moneda del miedo del regreso entra por la rendija y cuento el tiempo a gritos, que desordenan algún sitio en mi voz y, a veces, ensucian el llamado, como si el cielo estuviera abandonado. Como hablar deshabitado: la casa era mi casa y yo no estaba. O ¿sí?

A la edad de 35 años me corro el cinturón para encontrar el punto que me propuse alcanzar desde niño: o pundonor de seguridad, estabilidad, importancia. Traje de gala del reconocimiento, que no es lo mismo que espesura. El único espécimen generacional

arropado con un encabezado de noticias, sin duplicado, impar. Aquellos que representaron lo prometedor del éxito desde la escuela, hoy son lecheros, taxistas, tipos casados con gordas y fodongas consortes, quienes a su vez también establecieron principal semejanza de pompa y circunstancia desde Azucenas de Mayo y reinados similares. Todos ellos quedaron atrapados en el sopor del viejo puerto, sin otra salida que al mar. Condenados a desvanecerse con un parpadeo allí mismo, al pie de la marea. En cambio yo, he cumplido con todas las cosas maravillosas que me prometí hacer antes de mudar.

¿Ah, sí estoy? ¿No? ¿O por qué camino por la cuerda floja del auricular?

Quizás porque el año nuevo se acerca y las manecillas en relojes renuevan su gran abrazo embaucador, como si no hubiera pasado nada. Los verdaderos sabedores del plagio al olvido no huyen, sino regresan, queriendo amotinarse dentro de un infundíbulo cronosinclástico, y yo cuento con que ya perdí a un amigo, a una esposa y ahora estoy perdiendo una patria. En la jerga científica, a la resta la llamaríamos una corriente espacio-temporal.

El está allí. Me responde, con el timbre de los siete años de edad, y no tiene memoria. Como parte del juego, palpa el dardo misterioso de su pistola resortera, pero son siempre predicciones a corto plazo rebotando contra el castillo. Contempla la uniformidad del mecano que le fabrica el día y, casi a punto de asir la siesta impenetrable de los adultos, empieza a oír su nombre indistinto. El se nota pálido y triste ante el nombre de su entrecejo. No responde.

Yo elijo otro nombre entre setenta, igual que una canción de moda puesta en la radio o una marca de refresco desafiando prohibiciones. El inconsciente sabe, como lo sé yo ahora, que el edén es un rotulo simbólico de mudanzas vueltas casas. En el comedor, el pequeño remoja su pan en un vaso de leche y oye el teléfono sonar.

Los recuerdos de mis paseos por la casa dan un aleteo en el espejo donde los vaivenes gustaban verse. El niño se mira la cara, ocurre un deshielo. La mente es una sala de reflejos, la idea es la tribu y se ha quejado a la Liga de las Naciones de que una sombra de nostalgia ha venido a invadir el espejismo de quienes habitan el territorio. Yo me digo en secreto: “Espera, he venido a tu rescate...aquí estoy, Titino....déjame protegerte de los abusos”

La luna reaparece. El viento se apaga, únicamente pasa y vuelve a pasar un hilo de música perdida. El paisaje se estremece. Los años han sido rasurados.

El foco suspendido a la puerta de entrada vuelve a ser desenroscado a domicilio, perdura y hay un desplazamiento del plano original del constructor cuando el tuerto eléctrico brilla en el bloque de su interior. Es una vivienda más chica de lo que recordaba, pero no ha cambiado en nada. No ha sido pintada en largo tiempo. La devaluación del peso dibujó el cero y el poder adquisitivo volvió a tomar su ración de hambre. Ha sido mala época, pero en un año o dos mi papá habría de pintar rejas y fachada en su color definitivo: amarillo huevo.

Los cuartos están dispuestos en un largo corredor que remata en una cocina verde y fría como la menta. Sentado a la mesa reaparece el niño jugueteando con la sopa y encogiéndose ante el pellizco represivo:

-¡Ahí te vas a quedar sentado hasta que te acabes la última cucharada del plato!
¡Aquí nadie desperdicia la comida! ¡Piensa que cuánto niños en China no tienen que comer!

Nada ha cambiado. Parece como si el alocado muchacho jamás hubiera huido del hogar. Empecé a llorar. *¿Hola?*

Titino se halla sentado en una banca del recreo, dialogando con su tabique nasal. Yo permanezco de pie, junto a una columna del Colegio Rougier, reprimiendo el primer impulso de hablarle. El es más pequeño de lo que yo recordaba, pero muy serio respecto de su trabajo.

Casi me alojo en el ridículo de que no pude verlos, hasta que ellos pasaron junto a mí y le saltaron encima. Uno lo agarró por el cuello y otro ya le torcía el brazo por la espalda. Titino trataba de mantener el equilibrio, pero guarda la horcajadura del pacifista. Titino cayó, golpeando la cara contra un puño, y trató de arrodillarse. El firmamento lo empuja hacia atrás e inmediatamente los muchachos terminan haciendo un círculo alrededor suyo. Entonces Bonoso Santiesteban se le montó encima y le jaló de los pelos. No he olvidado a Bonoso Santiesteban.

El era mucho mayor que Titino. Toda la pandilla era mucho mayor que Titino, pero Santiesteban era el más inmaduro. Yo pude distinguir el aura alrededor suyo. Niveles de color de un ser destinado a crecer para convertirse en un héroe con barriga de cervecero y gestas penitenciarias, pero los ojos seguirían siendo los mismos.

El apretó las orejas de Titino entre sus dedos y prorrumpió un grito mate. Titino se arquea, lo tumba y contrataca. Ambos ruedan, levantando el polvo, hasta que cae la piedra en la cabeza de Titino y lo hace sangrar. Yo estoy congelado, viendo lo que sucede, viéndolo llorar de cara al suelo.

Cuando la cuadrilla del bullicio me vio acercarme, dejó de reír y el resto salieron huyendo. Bonoso Santiesteban hizo una breve pausa para patear a Titino en un costado y luego corrió.

Titino se retorció avergonzado, adolorido y tonto. El polvo había hecho un lodo con el sudor de su cara. Yo lo ayudo a levantarse y jalar aire. No podía moverse, tumbado en

posición forzada, aunque no estaba tan malherido. Lo conduje de vuelta a su asiento y allí le tiendo mi pañuelo para que se limpie la respiración agitada. Sus ojos son profundamente negros. Le levanto el fleco de los ojos. Esos, al verme, vuelven a llorar.

Algo me duele en el pecho.

El termina por sorber los mocos, trata de hablar. Yo lo miro fijamente. Me balbucea unas palabras.

-Me-me pe-garon con una piedra...

-Lo sé. Los ví...

-¿U-usted fue-e quién los asustó?

-Así es...

No me dio las gracias. Ni siquiera era necesario. Yo me trago ese silencio.

-Me llamo Titino -dijo, interesado en mostrar diplomacia.

No sabía que nombre proporcionarle. Estuve a punto de darle el primer nombre que me viniera a la cabeza, pero me hallé acomodándome el peinado y diciendo: “Yo soy el Dr. Salamanca...”

El me observa perplejo: “Ese es mi apellido también...salamandra”.

-”¿No es una simpática coincidencia?” -subrayo. Luego, ambos nos damos la mano y él me la retira inmediatamente para sonarse la nariz.

No tenía ganas de volver a ver a mi mamá o a mi papá. Me bastaban sus recuerdos. Era el frágil Titino con el que quería estar a su lado. Ahora es algo más que eco y es la hora de cenar y los observo subterráneamente a todos juntos desde lo alto del refrigerador. Allí está sentado mi papá con precisa visión del uso de cubiertos. No lo recordaba tan gallardo como

nos alzaba el tenedor de la mano derecha y apuntaba al techo. Mi mamá le hablaba y él asentía con la cabeza sin dejar de masticar. Titino hacía juegos de espiral con la comida.

-¡No desparrares la comida alrededor del plato, hijo. Come o no podrás ver

Dimensión Desconocida!

-Pues si...pero ya empezó el programa hace rato, papá.

-Entonces siéntate correctamente y no desparrares la comida alrededor del plato...

-¡Piensa que cuanto niños en China no tienen que comer!

-¿Ah, sí?...¡Nómbrame siquiera dos, mamá! -murmuro desde mi torre blindada, veintiocho años más tarde.

Vuelvo a toparme con Titino en el puesto de periódicos.

-Hola, amigo

-Que tal, señor...

-¿Comprando muñequitos?

-Ajá...

-Oye, ¿has leído *El Halcón de Oro* o *Los Cuatro Fantásticos*?

-¡Aah-so, son formidables!

-¡Quiero comprarte los números más recientes!...

El dueño del estanco mira fijamente las confesiones del día y limpia, ordena el fruto comestible de la sabiduría, se tranquiliza y se va al otro lado, donde el distribuidor de las revistas corta el fajo plástico de los envoltorios y coteja conforme a una larga hoja de mimeógrafo. Yo le compro todos los Pequeños Clásicos Ilustrados de Editorial “La Prensa”.

Paso seguido, lo llevo a la Nevería Yucatán a tomar un Jai-alai. El postre es servido en grueso tulipán de cristal, donde una rebanada de panqué es cubierta de nieve de vainilla, mermelada de fresa y crema batida, rematando una cereza a los dientes apretados. Cuando la mesera se voltea a traer ambas ordenes, Titino me susurra al oído: “Oiga, ¿cómo supo que prefiero nuez picada en lugar de la cereza?”

Yo sonrío y le hago la siguiente pregunta:

-¿Has pensado alguna vez que deseas ser cuando seas grande?

-No lo sé... -me canturrea, alzando los hombros.

-¿Ni siquiera una pista de entre las cosas que te gusta hacer?

-Me gustan los muñequitos. Tal vez me decida hacer mi propio cuento algún día....

-Eso está bien, poca gente sabe que hay bastantes posibilidades de hacer dinero en el arte.

Bastante dinero. Entonces, paseo la mirada alrededor del negocio y localizo el poster de Coca-Cola de una temporada fosforescente, la botella basada en una idea cómoda en la Bauhaus, cuya magia negra habría de ser mundialmente por aguas metálicas y purísimas, lo mismo que dice buda acerca del sabor a verde exquisito.

-También es divertido, ¿no?

Me avergüenzo de mi mismo. Mi pensamiento inmediato había sido de lucro, no así el suyo anteponiéndole la felicidad. Sin importar, lo había camuflado entero justo antes de que me eligiera sus prisas, horarios y compromisos. Vino a mi mente la idea de artificios. Por ejemplo, la bandera nacional es una tela de dos colores básicos, con una franja blanca que rompe la tranquilidad de quién lo observa.

-¿Dr. Salamanca?

Mi atención estornuda y la cortesía sirve los Jai-alais a la mesa. Titino inquiere, antes de tomar la cuchara.

-¿Por qué dicen que soy puto?

-¿Quién te dijo eso?

-La barriada...

-¿Los escuincles que te pegaron ayer?

Me adopta un cubo de invocación con las manos.

-¿Por qué?

Yo saboreo una cucharada de helado, reflexionando. Entendimiento inagotable a la sexta potencia, pero en esa fecha la sorpresa debía de estar en otra parte, no sé dónde. Ya no importa.

-Bueno, se trata de una calificación denigratoria que ni ellos mismos entienden.

Titino quiere ponderar mi sangre como igual a horchata. Exclama sin mirarme:

-Es tonto....

Luego pasamos a platicar sobre cuanto complicada la aritmética resultaba. (Del modo que, aún adulto, me auxiliaba con los dedos en las sumas y restas de mi chequera). De cómo equipos ya formados difícilmente aceptan al advenedizo en el campo de juego. (Y como compensar tal marginación con muchas pertenencias ostentosas). Sobre la increíble gama de viandas que definitivamente tenían un sabor desagradable al paladar. (Y como a la fecha me resisto a disfrutar una cerveza bien fría, porque la considero amarga). Sobre los ingeniosos signos cabizbajos para lograr que las compañeras de aula hicieran tu tarea. (Y cuanto odiábamos por igual las puertas cerradas). Ah, y lo formidable que eran los cuentos de muñequitos.

Sí, ambos conversamos respecto de muchas cosas importantes.

-Creo que me tengo que ir ya a casa -interrumpe.

-De acuerdo...

Nos ponemos de pie y le hago señas de limpiarse los bigotes de crema. La servilleta bordea el contorno de su rostro blanco y el ademán con la otra mano se despide de mí, como si mirásemos a todos los hombres iguales. Antes de dar la vuelta completa, Titino se regresa y pregunta:

-”Oiga, ¿cómo supo que prefiero nuez picada en lugar de la cereza?

Por supuesto que nos hicimos grandes amigos. Convencido, él narra a sus papás que el Dr. Salamanca es su mejor amigo y uno de los dos, a nombre de los dos, enrolla la tercera revista, para propinarle una nalgada dada su sospecha de que las habría robado. Por tal motivo, era preferible tragarse el cantar de las grapas. No hay tos, el secreto sólo hacía más fuerte el candado entre nosotros.

-¿Dr. Salamanca? -Llama mi atención, sentado del lado de la guantera.

-Dime...

-Tengo un problema, señor.

-¿De qué se trata, amigo? -yo regaño, casi estacionándome en algún cometa de cauda granate.

-Mis papás me quieren mandar a un internado...

Entonces lo recuerdo. ¡*Diablos!*, pensé. Fue algo terrible. La clase de inyección no apta para curar una anemia de amor.

-¡Lléveme con usted, por favor! ¡Quiero ver Guadalajara, conocer Disneylandia!
¡Lléveme a donde sea!

Se encontraba sollozando. Yo tamborileo los dedos contra el volante, maldiciendo a los puntos cardinales.

-Te tienes que quedar...

-¡Claro, no le importa! -dijo, y ahora estaba gritando.

-¡Sí me importa...y mucho! -le respondo suavemente. Aunque no iba a comportarme como el solidario amigo que se hubiese esperado en este caso, pues les iba a permitir a sus papás que lo mandaran a un internado al final de la entrevista.

El corazón dio un portazo en mi interior.

Me supuse haberlo dejado atrás cuando puse en marcha el motor, pero Titino no apareció en el espejo retrovisor. Debido al estruendo del relámpago, remoto, ahora lo recuerdo. ¿Por qué no conservé en mi memoria ningún detalle de este pasaje?. El me observaba desde su banqueta de los pies bien abiertos.

Sí, yo lo observaba doblar la esquina y perderse. El era mi amigo, pero no mostró los suficientes cojones para demostrármelo. Fue cobarde. Así que tendría yo que enseñarle. Yo se lo iba a demostrar: Que me iba a escapar de aquí,irme más lejos, ser mejor persona y hacer mejores cosas. Y, llegado el día, encontrármelo cara a cara, para estrechar su mano y escupirlo dos veces encima.

Yo doblo la esquina, satisfecho de reencontrar el futuro, mi sitio, sabiendo que morir es regresar. De todos modos así fue -por todo lo probable y todo lo posible- que me hallé regresando a la frontera absolutamente irreal, tal vez, y marcando de vuelta a casa. Pero, diablos, ¿Y si ciertamente me contesta el pretérito, la masa borrosa de sus facciones, con su timbre de siete años de edad? ¿Hola?

Repentinamente, la voz opuesta no me parece familiar.

DE UNA HABILIDAD PASAJERA PARA CAMBIAR

LAS LUCES EN LOS SEMAFOROS

CON SOLO MIRARLOS.

Alberta alguna vez tomó un curso sobre literatura creativa y lo que su instructor llegó a decirle fue: muchas cosas. Muchas cosas sucediéndose al mismo tiempo. Mucha gente con muchas cosas en mente. *Piensa*, le dijo, ¿que es aquello más importante? ¿Que es lo que más deseas que le pongamos atención?. (¿*Oh?!*)

Naturalmente, ella escribió un relato acerca de su abuelo matando gallinas, y el instructor pareció satisfecho con la idea. Alberta consecuentemente pensó que ese repertorio de favores era un fraude. Ella hizo una larga lista de las cosas que había excluido y la engrapó como un apéndice de su historia. El instructor advirtió que quizás sus expectativas fueron muchas, muchas exigencias en su persona y del proceso, por lo que aclamando de inmediato y abucheando más rápido se le acabaron las cosas.

El taller no fue una derrota total, debido a que Alberta y el instructor terminaron viviendo juntos. Por supuesto, ambos continúan en el centro de la popularidad, de las encuestas, en algún rancho de Medellín. Juntos administran una pequeña imprenta y cuando Alberta junta el dinero suficiente, viaja a México para visitar a sus hijos. ¡Y por cierto!, el fin de semana pasado Alberta decidió tomar el camión hacia su Xalapa natal. Ella hizo esto en un impulso que no consigue inocularla de otro cumpleaños del todo y pasado el mediodía, cuando opta visitar la casa de Maya, aspira la bocanada de relojería urbana y arrastra todo en su engranaje. (*Incluir sonido de disco telefónico girando*). ¡Hombre!, antes de telefonar a Sócrates, ya no estaba tan segura de que éste le daría la bienvenida a su casa. Tampoco estaba segura de querer estar ahí. No tenía idea de qué particular

importancia podía dársele al peregrino en esos casos, pero cuando Sócrates abrió la puerta, justo antes de sonar el timbre, al instante las pupilas se le dilataron y la abrazó por los hombros como testimonio de que la frase no viene nunca. (*La escena exige tres toques cortos, tres largos y tres cortos*). Un posterior asentimiento con la cabeza separa este saludo y la escenografía queda desbaratada, echada abajo, para presentarla ante su esposa, Nana. El habla de como ya le había comentado qué tan buenos amigos en otros tiempos solían ser: Alberta y Julio, él y Maya. (*Repasar un manojo de Polaroids a la mano*). Grandes amigos.

¡Pssst!!, Maya está muerta. Alberta y Julio llevan algún tiempo separados.

Enseguida todos pasan a sentarse en lo que Maya daba por llamar, con cierta profanación, el cuarto familiar.

Una noche, Sócrates comentó aquí a Julio sus dudas respecto a que si Maya era capaz de engendrar hijos.

-Hacemos lo que podemos -dijo. -Hemos intentado con almohadas y todo, pero nada.

-Pa' que son los amigos si no te puedo echar una manita...- respondió Julio a palmadazos. Ambos estaban un poco borrachos. -...y sin que te parezca alevosía, digo que este novato puede arreglar algunos asuntos del experto, ¡sí señor!.

Socrates era médico obstetra y ginecólogo.

Para entonces, Alberta sabía todo respecto al aborto en Puebla que debió ser pagado por el amante de Maya: Vitorino. Vitorino también era doctor. Médico cirujano. La habitación ha cambiado mucho más de lo que se veía diferente su viejo inquilino. Un sofá blanco en imitación cuero ha reemplazado el *couch* con tapicería de rayas pasadas de moda y, por supuesto, la cava se antoja desaparecida para ofrecer al lugar mayor espacio. El lugar lo ocupa la nueva esposa que retira algo del escombros de los recuerdos y avisa que va a la

cocina por unas botanas. Sócrates aprovecha el pretexto para poner las manos sobre sus rodillas y entablar la conversación.

-¿Que te trae a este lugar, Alberta, viaje de placer o negocios?

-No recordaba Xalapa como lo veo ahora...

-Sé lo que debes estar pensando: Mi amigo Sócrates ya se consiguió una rubia con acento americano, pero quiero decirte que se trata de una muchacha seria. Ella llegó a la sinfónica después de que Maya falleciera. Además no es tan joven como aparenta. En realidad tiene 36 años.

Alberta clava la mirada adivinando 40. De pronto le ha cansado la visita, pero antes tiene que hablar de ella misma. No, nunca estuvo casada. Sí, trabaja mucho. Sus hijos ya entienden lo que significa mimetismo. Es muy interesante, desesperadamente. ¿Otro amante? Tal vez.

-Lo que conocí de Julio, me gustaba...¿Él se quedó con todo? ¿Ocios y deseos y gatos y amor del bueno, en Medellín?

Si dijéramos que, en la misma ruta a la casa de Maya, mejor dicho de Sócrates, Alberta pasó de largo otra casa, justo en la esquina de Revolución, que por cierto hubiera tenido que desviarse mucho para verla.

Ella todavía daba importancia al domicilio habitado en su vida anterior.

Julio gustaba del esoterismo y lo sobrenatural, lo cual era sorprendente en un hombre con los tres dominios del cristianismo. Ella regresa de entre los muertos para pasársela en tremendo reproche, lo que da pie a no tener derecho a nada.

-Todo, es todo lo que sé...

-Qué pena...yo también perdí mucho. Verás, este vecindario es como una isla donde algún volcán hizo erupción. Has venido a encontrar las ruinas. Maya y yo tuvimos la

religión arreglada, ¡ah!, y la literatura, las invocaciones, la leyenda y la historia. Todo. Y quizás, a mucha distancia de aquí, se conociera una canción que ponderaba a la reina más que al rey. Por supuesto, se suponía que solo manejarían la traducción, aunque basta una reina para sofocar al volcán y su gigante negro. No lo entiendo. Ella tuvo que ser sacrificada, probablemente. Arrancarle antes el corazón tantas veces requerido o alguna atrocidad parecida. Todo es tan complicado y melodramático, pero al mismo tiempo es fácil darse cuenta por qué nadie se fija del golpe, antes de cruzar la calle. Ella conocía a mucha gente. Bueno, en mi opinión, nadie sabe de memoria la verdad. Yo le sugerí a Maya efectuar ejercicios tales como montar la bicicleta fija o series de sentadillas para aliviar la asfixia. Aunque en el instante que tomó la determinación, dejó de existir.

Sócrates sonrío. No le es posible contenerse o ni siquiera se halla advertido de dicho gesto.

-Es la conclusión a la que yo también he llegado... -bostezo Alberta.

Maya murió hace un año, en el verano, pero Alberta se vino a enterar hasta navidad. Leyó la noticia en la carta de Mina. Por un azar, ella y Alberta, madrinas de consorte, se conocieron cinco años antes en la boda de Maya y desde ese momento procuraron cartearse ocasionalmente.

“Por supuesto que tú conociste a Maya mucho mejor que yo -escribe Mina -pero me agobia lo seguido que vengo a pensar en ella, mejor dicho, en las dos juntas, en la demencia de una hacia la otra por cuchichearse al oído razones legítimas e ilegítimas hasta la petrificación, desde hace quince años. En la vulnerabilidad de dicho talento como un boxeador de sombras, pero ¿No cada una de nosotras exige novedades: esos últimos modelos que superan a los anteriores en el mercado de hostilidades? Maya me pareció la

persona quedando en vilo al referirme a compostura. Recuerdo el enorme trabajo para voltear a verla con ese coraje y ese temple cuando se rapó la cabeza”.

Carta más extraña proviniendo de Mina, pensó Alberta. Casi la recuerda bajando del taxi para asistir a una reunión que pudo suponer de índole social. ¿Sospecha acaso que el servicio postal es mero intercambio de lo mismo? Mina y Maya nunca se confiaron un secreto, tenían particulares motivos para no hacerlo. No había otra explicación, pero Mina jamás le perdió la pista: se enteró de su fallecimiento, hizo la frivolidad a un lado y garrapateó estas intrigantes palabras. Sin Mina, Alberta no podría haberse dado por enterada. Tal vez, ella estaría todavía pensando en el día que habría de escribirle por su cuenta, aproximadamente por el tiempo en que la fricción amortiguara. Alberta y Maya se convirtieron en amigas en dos niveles. En el primer grado, bajo la noción de esposas; en el segundo, de prisioneras recogiendo más basura que una aspiradora. En el primer grado, ante la rutina de servir cena cada fin de semana con visitas recíprocas, debiendo ambas escuchar a sus respectivos hombres hablar sobre los días escolares: las bromas y las riñas, las conspiraciones y las humillaciones, los bravucones y sus víctimas. Admirados o depreciados maestros, compañeros de deporte o compañías de la cafetería. Maya se preguntaba si estaban seguros de no haber leído todo aquello en un mismo libro.

-Suenan como un instructivo de mesmerismo para principiantes... -diría.

Cuando se hubiera agotado el tema de la escuela, entonces se podría abordar los temas de programas televisivos, política, personalidades públicas, lugares visitados o con ganas de viajar. En este punto, Maya y Alberta podían sumarse al diálogo. Sócrates y Julio fingen un dolor en el costado descubriendo a las mujeres afuera de la conversación.

Igualmente llegaban a creer que ellas podían ser tan inteligentes desde su propio recuadro femenino.

En el segundo plano, Maya y Alberta irían a platicar a la cocina. O irían a desayunar al día siguiente al Corinto's. Ellas se miraban atónitas, una a la otra, y entonces rompían una carcajada. Ambas dábanse golpes de pecho lo que resta de la hora, luego admitían su mutua congoja. Se trataba de la mala fama del amor. Este es un asunto enfadoso y finalmente desalentador: Hace de la intimidad una tarea.

-Peor es nada -se adelanta Maya.

Ella abandonó a Sócrates una ocasión, no por Vitorino. Simplemente huyó para toparse con un artista, un bolero de la canción romántica. Ella viajó a su lado durante cinco semanas, hasta que éste la abandonó dentro del cuarto de un motel. Como consecuencia, ella desarrolló una serie de dolores crónicos en el pecho, propios de un corazón hecho trizas. Sócrates manda a las autoridades a buscar por ella y, finalmente, certifica su alta del hospital. Quisieron el perdón y el arrepentimiento que ambos tuvieran una pequeñas vacaciones en McAllen.

-Hazla una canción de cuna -concluye Maya.

-Y después, ¿qué? ¿Vitorino?

-No, yo...

Fumando ininterrumpidamente, la vida les resulta la pesquisa casera. También, la mención continua del humo del cigarro tiene que ver con ir dándose una por una la mano. Maya tiene dos caminos por delante: el del paladeo en secreto y del *misreading*.

-¿Cuántos después? -Alberta inquiera.

-Nombres, nombres, nombres...¿Qué importa el *quienes* cuando es el *qué* más divertido?

-Ah, la fiesta...

El vapseo empieza, quizás, tan pronto como ambas admiten desearse mutuamente.

-No, nunca nos enamoramos. Lo único que hicimos fue coincidir en el asombroso desgaste de tu gracia y la mía...

Alberta pasea el salero por encima de lo que parecía una ciudad de dulce. En la segunda oportunidad, Maya querría significar que siempre la recordaba y que tendría que corresponder con un “yo también te quiero”, pero esto se sentía como apagar su cigarrillo contra un merengue.

-Es estúpido -respondió Alberta.

Lentos los dedos, significaba que el noticiero se hacía responsable de la elevación del primer católico de color al papado y de los constructores de profecías en ello. Ambas rompen en sollozos. Nada ético es poseer este celo y no hacer nada al respecto, por ello decidieron juntas deshacer el complot y pasar por alto el extremo de la historia que no existe. Cuando Maya recupera la conciencia, horas más tarde, a lo largo y ancho del piso la mezcla de Halon 1301 del extinguidor de pared le empapa la espalda y el terrible dolor de dos costillas rotas estalla, invadido por viento como si fuego inextinguible.

El resto es aquel asco agónico de sus pensamientos, preguntándose: *¿qué?*

-Me siento feliz. -Sócrates confiesa.

(Ignora que también se halla jugando con fuego)

-Me siento feliz y la razón de sentirme así es el dócil gusto por una segunda oportunidad sin mayores pretensiones. Hoy doy por sentarme en el omnibús de la vida

desde que Maya se fue y puedo decir con toda franqueza que mis gustos, lecturas, hábitos, costumbres y creencias junto a ella estaban equivocados. Por supuesto, no estoy esculcándome los bolsillos para hablar de Maya, pero hasta supongo que se cobró una dulce venganza en esa especie de laberinto humano donde se puede dejar de ver a alguien por años, aunque uno imagine que ahí está....¿no crees?

La gente siempre dice estas cosas.

La gente acaba por pagar con alivio los errores y los deberes.

Como segunda parte, la casa se ventila. El país ha dejado de ser infierno. Alberta sabía con remordimiento que en este sentido, si se viera obligada a escoger, elegiría amenazar. Escuchar la radio suele ser una práctica solitaria: nadie deja de conocerse sin hacerse escuchar. Opción tan real y deshonestas. Oyendo a Sócrates sabía que todo cuanto hicieron, fatalmente lo volverían hacer, merced al calor y el alejandrino libre. Particularmente, ella tenía que volverlo a hacer, suponiendo que ella tenía que ser la persona que presumía ser entre los espacios naturales recientemente llenos.

Sócrates no desea que se vaya, se ofrece a llevarla de vuelta a la estación. (*"Interrumpimos esta transmisión..."*). Sabe que cuando se haya ido, no habrá más oportunidad para hablar de Maya. (*"...para dar a conocer el siguiente boletín..."*)

-Gracias por venir -dice en la puerta. -¿Segura que no quieres que te lleve? ¿No te quedas a cenar?

Alberta le recuerda la hora de su boleto. Contesta que no. No es cierto, en realidad desea seguir platicando. Son un par de kilómetros. La tarde es adorable. Xalapa es adorable. "Casi lo había olvidado", repite.

Sócrates vuelve a insistir.

-Gracias por la botana -dice Alberta -gracias por el breve estribillo también.
Sospecho que creímos que únicamente nos faltó darle paso a la pista de aplausos...

Sócrates sonríe y deja sus hombros alertas, para el cordial apretón de manos.:

-¿Y cómo debemos comportarnos?

-Extraordinariamente -responde y aplica un largo tirón a la palabra, significando con ello una respuesta tan lánguida que solo cabría ser tomada como adiós elegante y contundente.

Alberta ya no piensa en su boleto mientras camina la bajada de Revolución. Ni piensa en Sócrates, experto bebedor de Coca-cola, ni Maya, ni en las maniobras del abuelo, ni siquiera en Xalapa.

Ella piensa en el semáforo en el cruce de la esquina. La luz roja, la rosa eléctrica en el baldío del iris, la brillantez bajo control.

CARNAVALZ EN MASCHERO

Tenía la certeza de que era virgen porque solo ella era capaz de desordenar las crines de mi unicornio. Llamémosla Lizette, llamémosla por la gramática de una guerra santa hincando las correas a su cintura. Llamémosla por una caja de resonancia al tamaño de siete rondas inventadas para el juego de sus telas. Lizette o guardiana de las columnas de templo griego en donde ningún sacrificio ha sido llevado a cabo ni por hombres ni sus excesivos duplicados. Llamémosla por ese nombre y que detenga súbito sus paseos cuando se reinventa el oleaje de este puerto. Pero, hela allí caminando sin producir sombras entre las noches de un país de vendas y escayolas. Mi unicornio relincha, inclina la cabeza y ella pasa la mano por la espiral del cuerno.

Mucho de esto tiene lugar en lo que tradicionalmente ha sido llamado "Los Portales", una calle mecida del viejo Veracruz, donde sus cortinas metálicas han resistido la ocupación del peregrino cuatro veces heroicas. Ahora que los norteamericanos y los franceses se han ido, los cubanos se han adueñado de la fiesta. Por el momento, los relojes de despacho ya defenestraron al fantasma del malhumor y máscaras de música desdentada han llegado a reinar, permitiendo a mi unicornio y a mí volvernos a encontrar en el principio musical de los disfraces. Mientras tanto yo, quizás pude agacharme para pasar mis dedos por el aceitoso pellejo de la iguana. Todo ese peso de mi hombro izquierdo podía quedarse así a esperar por las comparsas en mi apartado de mesa. Observar un carnaval exige determinado ritual. Uno debe esperar y no respirar muy profundo si se tiene intenciones de disfrutar el congreso de confeti y palmeras pintadas de cal. Mucho de esto va teniendo lugar a la intemperie de las lentejuelas y la mugre, cuando ella volteó por encima de la grupa de mi unicornio y me sonrió.

-A partir de los trece años -me dijo, rodeando mi cuello con su pañuelo estampado para invitarme a caminar -con la palabra enigmática del primer beso, me tuve la seguridad de que alguien importante y muy amable habría adquirido este paliacate de algún viejo rosal y pagado su precio justo en ochos cuartos.

Yo me dejaba conducir endurecido como un globo. La mente como un cenagal de respuestas sensuales, más ninguna satisfactoria. Detrás nuestro, mi unicornio nos seguía invisible. Sentí un dardo de inconformidad en la nuca, a pesar de todo. La perfección siempre me provoca este malestar.

-¿Cuándo fuiste reina del carnaval? -pregunté.

La fecha de referencia que dio databa de unos cien años o más. No quise ahondar en detalles, luego existe un folletín turístico atrás de la vidriera. Manual de sugerencias para comprar y comer en el Veracruz de temporada alta, más en ninguna de sus páginas se halla como adaptarse al cambio de la pulpa climática. Se hojea rápidamente, pero el mercurio baja dos grados en vano. Se sufre en rodaja de piña o jícama, se sufre en *unami*.

La perfección siempre me provoca este malestar.

-Me llamo Edmundo -le dije -y me hallo en estas playas porque imagino que el naufrago del Antelope no fue Gulliver, sino Andrea Palma.

La brisa recoge todo lo que perdimos y ella me jala del brazo para ponernos a merced del pedestal sobre los pliegues ecuatoriales del césped. Extiende la mano para leer con las yemas la placa remachada contra el cemento carcomido y me refiere la historia de cómo Veracruz resistió la ocupación norteamericana. El orín también da flores en los surcos del cobre.

-*In Memoriam*, dice sobre esta piedra preciosa

-Lizette, es sólo granito....

-A mí me gusta mucho...¿Lo puedes traducir por mí, de nuevo?

Lo volví a leer con mejor acento.

Se me quedó viendo por un momento, como si quisiera agregar algo más, luego negó con la cabeza y sonrió con asfixia. Nos sentamos en una banca. Mi unicornio esperaba entre el ramaje, mutilado de tajo por luz y sombra.

-¡No creas que te he olvidado! -le dije -¡Espera un poco! ¡Sé paciente!

Ella continúa hablando sobre la inexistencia de Dios y yo buscando mi sordina de cuando la luna es un ojo de pescado. Nuestra conversación se erige en una fuente, nos baña por distintas aristas y sólo nos reúne en las intersecciones de silencio al final de cada frase. Ella encuentra todos estos actos de habla como si, al roce de tu dedo, el aire se astillara. La sucesión de la escritura no permite la simultaneidad. Las irrealidades que traten de romperla no son más que meros experimentos de la ropa puesta a secar.

-En el desfile de aquí abajo no se ve nada -la gente cuchichea esto a nuestro paso y el arlequín dedica toda su vida a enterrar las uñas en el pavimento, para escarbar antiguos abanicos y manuscritos. Lizette se separa de mí y corre con la venda de la rumba en los ojos. No me interesa el baile en pos del tranvía.

-¡Lizette! -grito hasta hacer saltar las escamas.

Me hallo renuente a perseguirla por el pasillo de sudor sin salida, lo que constituye una reacción chocante llevada al plano de la cirugía, pero ella se aleja y se aleja. La batucada del color de lo que toca queda en lugar del golpe al muro, luego vendrá después la demolición con explosivos con el fin de despintar su ideograma colonial. Todo lo que se ve del disco giratorio en un teléfono se le puede arrancar y llevarlo a vender a una tienda, pero el sistema piramidal no admite caerse ni sustituir a los abuelos. Temo por su seguridad

entre el ritmo de tantísima gente fundida. Imposible. Ella ha estado muerta desde el primer día del mundo.

-¡Detente, Lizette! ¡Ordeno que te detengas!

Me toma del dedo meñique y se arremolina a mis pies. Tantos pares de ojos vienen dando aviso de la altura de su cuerpo, que no hallo otra cosa más casual que la ceguera amarilla de una candileja, en el terreno prohibido, para abrazarnos, temblando.

-¡Escúchame! -le convido mi plegaria al oído -¡Nuestro tiempo se ha agotado y te mentí! ¡Mi unicornio jamás habría permitido que lo tocaras si no fueras pura...pero yo no lo soy, salvo de perder la cortesía, y porque la semejanza es un juego a escondidas!

Ella acaricia una plana de mi rostro. No hay lágrimas en sus ojos, pues bien sabía que ella y yo constituíamos las dos caras de una misma moneda, devaluada e imposible de gastarse. Precisa acuñación de dos viejos reinos largamente extintos, arrebatada para sumir hasta el origen el ombligo de un recién nacido. Ella nunca había amado y yo lo había hecho con exceso. La autocompasión es una cosa tan delicada como el dinero a ras de los ojos del amor, recurre siempre a su nombre secreto y, aunque dicho, siempre se repetirá con voz baja. El unicornio sacude la cabeza y nos mira. Ni siquiera hubo que tolerar el dolor agudo que penetró en la base del cuello, en una mano, en el estómago. La cabeza incendiada con tétanos y sus ojos humedeciéndose de agonía por la pérdida de la eternidad. Lizette giró su cabeza para mirar la bruma de ultraje por última ocasión y se percató que la mágica bestia tenía miedo también. Entonces los colores se desangraron uno a uno: rojo, azul cobalto, duda, verde manganeso, afección, contemplación, naranja, violeta, compasión, ironía, pecado, sepia. Todos se vaciaron, ninguno opuso resistencia...cada uno pasando a un tono más gélido en todo momento, hasta desaparecer. Algún polen de amarillos, murmullos de aquamarina, palideces de blanco y, al final, el maravilloso oro del tormento: opaco, sucio,

enteramente reducido a un metal. El torbellino de vapores de lo que constituyó su fantasma se ancla al zodiaco y mi unicornio igualmente desaparece a mitad del sueño premeditado del miércoles de ceniza. El niño pide otra limosna de días feriados cerca de la barda episcopal y los barrios de Veracruz vuelven apoyar los codos en el mostrador inexistente. Lizette fue insuficiente para albergar la quema del monigote. Ya renacerá en otra fiesta carnestolenda, en otra mujer todavía desconocida. En esa próxima ocasión, el amor ya no la destruirá. Para esa ocasión, hasta corra con mejor suerte. La misma suerte que ahora bate su cuerno, dejando un cielo de naves rasgadas.

COCA-COATL

Por la enorme voz de la epopeya en que Cuauhtémoc luchó heroicamente como “un perro rabioso”, defendiendo la gran Tenochtitlán en contra de los españoles trasgresores, -de este modo, Bernal Díaz del Castillo lo expuso en sus notas- cuando la batalla terminó y todas las almas fueron llamadas del más allá, en lugar de encontrar el acceso a las milpas del mágico Aztlán, donde los muertos volvían a tomar aspecto humano y contemplaban, embelesados, la tierra de sus ancestros por el resto de la eternidad, él (al igual que sus hijos y sus mujeres y los viejos ayos de sus mujeres, consumidos por el fuego irracional de Hernán Cortés), por el contrario, fue alojado en una botella sucia de Coca-Cola, anudada a las telarañas desde dos puntos cardinales del fregadero, agarrada de la punta de los dedos por el inventario de cocina de un Samborn’s. Ayer, hoy y mañana.

A pesar de las siete migajas de pan dulce, pizcas de sal y pimienta, cáscaras de limón, naranja y huevo diarios, arrojados a la basura por la congregación de la diminuta iglesia católica, que había sido reducida por Dios y condenada a existir dentro del mosaico colonial del vistazo a las paredes como tácita aceptación de la destrucción de más de tres millones de indígenas, Cuauhtémoc se halló constantemente hambriento, acostumbrado a los modales palaciegos en la casa de la vainilla. El se limitaba a observar a las moscas lujuriosas embriagarse con miel y leche, aunque ocasionalmente aceptaba alguna invitación a cenar del Patriarca de Constantinopla, avecindado en la moledora de carne importada. Pero, aún con esto, Cuauhtémoc seguía padeciendo hambres. El probó la dieta de las doce semanas masticando las hojas arrancadas al calendario con fecha de 1993, memorable año en que el restaurant fue cerrado por los inspectores de salubridad, no obstante que 1993 y

sus días contradictorios crujieron en el excusado con culo firme, e igual fue aburrida su abstinencia.

Por su parte, sus hijos y sus mujeres y dos aguerridas filas de caballeros tigres prosperaron. Todos hallaron un entero y pulcro uso del gabinete de los cubiertos y demás utensilios abriendo la cavidad contenta que termina en la boca. Las quejas caen al agua y se disuelven. Pero era como si todos hubieran muerto en vano, como si las probadas al plato se las atragantara el ayuno. La primera esposa siempre instigó al adalid azteca y su notable equipo de brujos a iniciar penitencia por la guerra de los Bóxers, luego obligó a su camada de hijos a entablar amistad con los niños judíos que custodiaban el saco de harina en los compartimentos superiores. A Cuauhtémoc le parecía como si todos ellos hubieran sobrevivido a indescritibles persecuciones y pillajes, a una plaga destruyendo sus retratos, a los dientes afilados de una venganza anónima y únicamente para conocer este cielo como propio en el exceso candente de los hornos. Cuauhtémoc lee las mayúsculas en las marcas comerciales. Cuauhtémoc se persuade en el vaho de tremenda nave industrial que, después de todo lo malbaratado en cajas de cartón, lo transpirado, lo empujado a rincones repletos de dolor y ebrios de aserrín, no quedaba otra cosa que un poco de veneno del mundo...bueno, una inofensiva dosis para hacerlo no menos suicida que hambriento.

La llave, un poco enmohecida, nada hacia la coladera. Cuauhtémoc, por encima de su armadura de vidrio, pudo oír el congreso de ruidos. Oír a una de sus concubinas intercambiar recetas de repostería, oír a los hijos renunciar a hablar el nahuátl y conversar en perfecto caló. Finalmente, una mañana, Dios hacía los repartos de leche y Cuauhtémoc no se contuvo más. Impulsado por la inanición, detuvo a Dios, tomándolo de los tirantes de mezclilla y sosteniendo su voluminoso cuerpo a ras del bizco de enorme censura y coraje, sus glándulas en un puño frenético; Cuauhtémoc amonesta:

-¿Esto es todo lo que merezco a guisa de cielo? ¿Es ésta tu idea de pasar gozoso una eternidad, eh? ¿Observando a mi familia hacerse invisible, dispersa y asimilada en nada? ¿Es este tu consuelo hacia los enemigos de la maldad? ¿La mejor oferta de Dios? ¿Mmmmh?

Y el repartidor de leche, que era responsable de describir las señales y traer las almas del más allá y acomodarlas en los ganchos del clóset, en las gavetas de las oficinas, en las cajuelas de los taxis, en recipientes Tupperware de distintos tamaños y colores y en los bolsillos de su pantalón, lo retira con peso muscular y clava la mirada grave en él. La respuesta llega a su mente y sonríe burlonamente:

-Y, ¿Qué te dio por suponer que yo soy Dios?

Cuauhtémoc no responde y recobra su lecho de caracoles. En algunos credos, la idea de la muerte es por lata definición: *un envase no retornable*.

ECLIPSE

-Esa que ves no ha sido la única luna en el cielo -dijo con seguridad el viejo, al menos un probable decano y arcano de todos los seres sobre la faz de la tierra.

-Esa que llamas *la luna*, la que se ve allí arriba. La misma con un cuerpo hermoso y un fondo que sobrecoge el miedo. Hela allí, ah, pero otras hubo que le precedieron en el mismo camino. Siete en total, te repito, brillaban entonces.

Su mano lentísima sirve otra ración de cocina yaqui al plato de Enrique Krauze, quién no encuentra remedio en admitir ser descendiente en línea directa del barón Humboldt (Tanto más o menos como de Ireneo Paz y el príncipe Siddhartha, también llamado Gautama Buda, *el iluminado*) y queda contemplando al anciano con jorongo y neutro plumaje, cuyas arrugas en la cara eran muchas y tan juntas una de la otra, que su cutis urgía más el paso de una plancha que una mascada de percal tomada directamente de la máquina secadora. “¿Cómo dice?”, Krauze mastica un bocado de palabras, escupiendo algo de arroz por la comisura de su boca.

-Siete lunas, extranjero. Lo juro con estos ojos ante la esfera prevista y otras seis que los antiguos dieron por llamar Feliz, Estornudo, Tontín, Gruñón, Viruta y Capulina. Todas, excepto *la luna*, se evaporaron con los vientos del cataclismo cuando la gran Atlántida, junto con Lemuria y Chilakil desaparecieron de la luz del Creador. Seis lunas envueltas en llamas. Ahora es fácil admitir la respiración helada, debo decir, voraz como el colosal hueco que quedó del vasto supercontinente de Gondwana. ¡Ay por ellas! ¡Ay, en esa hora de la ceniza que completamente exterminó los pocos hipogrifos sobrevivientes entre los reptiles multiplicados de cero en cero! ¡Qué pena! ¡Un poco bestias malignas, un poco aceleración de la creación! ¡Qué pena!

Sofocado de golosa presunción, Krauze se percute el pecho y eructa:

-¿Chilakil?

El Anciano se rasca la sien izquierda, y en la simultaneidad mueve la cabeza hacia ambos lados y se incorpora.

-Nunca he oído hablar de Chilakil, abuelo.

El viejo le regresa una mirada de otro idioma:

-Mala suerte, extranjero. Yo supongo que Chilakil careció de una hoja grande de publicidad. Lástima, el pueblo más interesante entre todos ellos. Civilización construida sobre la línea de las caderas para no caer al agua. Magnífica ciudad. Vigilando sobre el pezón de un risco, pese al mito de la confusión de prójimos. ¡Bah, hermosa por encima de las palabras! Majestuosos haces de colores fulguraban en el caldo de su volcán. Maravilloso toro orinaba las constelaciones. Pero acaeció la terrible noche y tu pudiste haber visto el escenario de este remolino hirviendo en el horizonte, cual un barco empavesado. La luna erró el golpe, pero no tardo mucho en que Chilakil sucumbiese por propia obstinación. Terrible pérdida.

-¿La última luna, eh? -exclama Krauze, como intentando tararear la canción que le viene a la mente. Definitivamente, no creía una sola palabra de lo que escuchaba.

-¡Puuuuf! -manotea el viejo, sin ánimo de convencerlo, sino dejar por asentado que lo que cortaba su lengua era el terreno invadido de la verdad.

-¡Puuuuf.....como bomba atómica! -Krauze imita y ambos son dos únicos nombres. - Pero, dígame, ¿por qué fué una terrible pérdida?

-El frío caló como ariete celeste contra los días de los altaneros. Se instaló un lento caminar de días en blanco y ruidos subterráneos. *Eras glaciales* les llamaron. Y, ¿sabes por qué esa luna nos amenaza ahora por una palma, extranjero?

-No, platíqueme...

-Bueno, Lemuria era el depositario de muchas características humanas, hoy atrofiadas o extintas. Usted sabe, como el músculo que tenemos en la coronilla y que se contraía para espantar las moscas. O el rabo que perdimos. Quién sabe. Cuando Lemuria murió, con él se fueron la glosa rápsodica, la telepatía, el hermafrodisio y la cola. Yo pienso que algún día sabremos realmente cuanto perdimos.

-¿Y la Atlántida?

-La Atlántida fue el centro de las actividades sexuales alteradas. No nada más que aquellos breves paseos corporales implicando filtros secretos y olvidados, aparte su arte y conocimiento de cómo usar el dedo gordo del pie apropiadamente, orgasmo al contacto del ojo, galopar menstrual y ...bueno, todo eso. ¡Puuuuf. Todo se extravió, quedando no otra cosa que el cimbrar de la tierra y fluidos!. Terrible pérdida.

-¿Y del encono que autodestruyó a Chilakil?

-Ni se lo imagina, ¿verdad?

-No tengo idea...

-Entonces, ¿Para qué preocuparse?

Krauze delibera una respuesta con gestos cautelosos, escuchando cantar a los insectos, y sólo consigue reaccionar para limpiarse la boca con sus propias notas. El rostro vetusto se sonríe ampliamente, pues adivina que ese extranjero ya no habrá de salir a revolver sus ojos con el eclipse.

NESSUN DORMA

El personal de guardia me llevó al recinto forense para identificar el cuerpo de Oscar Rodríguez a mitad de la peor ventisca que el puerto de Veracruz haya padecido desde 1925. Eran las cuatro de la mañana.

Yo me hallaba profundamente dormido en cama. Sintiéndome los dedos de los pies calientitos bajo tres enormes cobijas. Comenzaba la segunda semana de febrero y ese día se nublaron los ojos de Dios. Afuera llovía y la noche hacía la ronda retadoramente. Frío que cala los huesos. Yo me encuentro confortable. Invernando como los osos por su sueño irresponsable mientras el fuerte viento barre la calle entera de un millón de sombreros de copa.

Y el teléfono suena. Lo hace una segunda vez, una tercera. Lo levanto a la cuarta ocasión, un escalofrío agolpa mi brazo al contacto de la superficie del plástico. Arrebato el auricular a la ruda intemperie y exhalo una pregunta dormida bajo los cobertores:

-¿Bueno?

Una voz en el otro extremo de la bocina, perdida en algún lugar del huracán, copia mi pregunta.

-¿Bueno, sí....me escucha, sí.....bueno, bueno?

-Si, lo escucho....¿Quién habla? ¿Qué quiere a estas horas?

La voz suena cavernosa, aclarándose con saliva por momentos. En el siguiente esfuerzo, la boca seca empujó el corcho.

-Es la comandancia de policía. Sentimos mucho haberlo despertado, pero necesitamos que identifique el cuerpo de una persona...

-¿Qué cuerpo? -exclamo, apretando los ojos hacia el panorama de sombras pulverizadas por el destello de la lámpara. En la oscuridad, la forma del ropero parecía inocente.

-¿Usted conoce a Oscar Rodríguez, alias *el Halcón Maltés*, peligroso *soplón* de novela?

-¿Si?

-¿Puede venir para darnos una identificación positiva?

-¿Cuando...ahorita?

-Sí, señor.

-¡Son las cuatro de la mañana! ¡Me cago de frío, nada más de pensar como estará afuera!

-Vamos a enviar una patrulla por usted....

-¿Cuando...ahorita?

-Sí, señor.

-Mmmm...

-¿Ahora se portará como un buen ciudadano y vendrá a darnos la identificación que requerimos?

-¿Una patrulla pasa a traerme?

-Se la vamos a localizar por radio. Dígame. ¿Cuál es su dirección?

-¿La del directorio telefónico o la del recibo del predial?

-La que se le venga en gana, señor.

Le explico cómo llegar a la manzana catorce lote dos del ejido Diez de Mayo, pues la numeración de las casas fue puesta al *do pingüe*, entonces el agente me indica que la

unidad pasará dentro de quince minutos aproximadamente, pese lo tortuoso e intricado. Cuelgo. Me siento en la cama, apeteciendo calor y moviendo las pantuflas bajo los pies.

Esa guardia me condujo a las instalaciones médicas, entrando en sentido contrario por la avenida Costa Verde, como si no supiera que mis pijamas necesitan le claven un alfiler. *Medicina Forense* reza el edificio de un piso. Yo nunca había estado aquí antes. Mi mano se vuelve egipcia en lo que espero a que uno de los agentes abra la puerta por mí, pues no hay maniguetas en el asiento trasero del auto. Erguido, soy escoltado de ambos brazos a través de corredores y más corredores. Aguardando nuestra velocidad, libramos el botafumeiro al paso.

El médico legista nos sale al paso. Es un hombre de párpado palpitante, con una estela de ayudantes jóvenes en automatismo imbécil. Uno de ellos enciende la luz fluorescente del salón y todo se empapa de un añil pálido místico, particularmente los bordes de acero de la plancha mortuoria. La figura helada de un cadáver abulta la sábana de rapsodias sangradas. Flota un olor a alcohol.

-¿Es Oscar Rodríguez? -Me pregunta el ayudante encargado de llenar los formularios de rigor.

-¿Cómo puedo saberlo en estas condiciones -digo, señalando el rostro desfigurado. - Podría ser hasta un ladrillo que quedó en el suelo.

-Pensé que conocía a Oscar Rodríguez... -apunta el forense.

-¿Podría descubrirle los pies?

Suponiendo tener un pescado muerto de sida, otro de los ayudantes descubre tembloroso la manta del occiso. Alcanzo a apreciar un punto negro en la espinilla derecha, como a cuatro centímetros de la rodilla. Negro mate, epidermis del disparo, bajo el vello revuelto.

-Ese es Oscar -asiento con la cabeza. -Él se enterró esa punta de lápiz Ticoderonga del número 2 por accidente, en cuarto grado. Siempre se le quedó ese punto ahí.

-Está bien -señala el médico forense y ordena cubrir el cuerpo. Uno de los agentes me toma del brazo y me conduce de regreso por las rejas batientes. La misma patrulla que me trajo consigo, espera con el motor andando para dar por terminado el recorrido hasta la puerta de mi casa.

Adentro, me quito la bata y salto a la cama.

No sé cómo se me ocurrió eso del lápiz Ticoderonga del número 2 cuando vi la marca en la pierna. No tengo idea de quién habrá sido el pobrediablo. Yo no conozco a ningún Oscar Rodríguez.

Seguramente marcaron un número equivocado.

.

ESTE ERA UN GATT...

Dos americanos visitando el puerto, curioseaban en los puestos del Malecón buscando algún bonito recuerdo de Veracruz. El se probaba una camiseta con dibujos. Ella una gorra de marinero. Demasiados caros. Ambos pasan al color de la lengua regateando. El encanto aún no se va y deciden comprarse un helado de guanábana y uno de cacahuete del hombre que grita. Mientras decepciona el sabor del helado, ella decide siempre si comprar la gorra, entonces el otro arroja el contenido con todo y vaso a un grupo de perros de los adoquines de pescadería.

Un animal se desprende de los pequeños monstruos goyescos que se disputan el vaso de plástico y sigue a los turistas. No es más alto que los otros perros, pero si más negro y pedigüeño con sus pequeñas orejas paradas y su cola grande meneándose.

-¿No es hermoso? -dice la mujer -...debe ser un tepeizcuinte o esos que les llaman perros de aguas...

-Quizás le pertenece a alguien...

Ante la insistencia de la mujer, el americano regresa a preguntar entre los marchantes a ver a quién le pertenecía el animalito, pero nadie le sabe dar razón. Algunos sólo sonríen y se encogen de hombros. Finalmente le comenta a su pareja:

-Debe tratarse de un perro callejero...pero quiero advertirte que es en contra de la ley atravesar la frontera con animales.

-Oh, Paul, no seas tan republicano...¿que no está en contra de la ley?

De regreso a su país, la pareja entregó la toalla del hotel en donde se ocultó al animal, a su pequeño hijo.

-Es un perrito mexicano...

-No sabemos de qué raza precisamente, pero tu madre dice que tal vez sea un tepez...*I don't know!*

El niño le dio una croquetas, lo bañó y cepilló...hasta lo llevó a su cama para que le acompañara a dormir.

-¡*Mommy!* -llamó el niño, al otro día -*it's my pet...something's wrong!* ¡Los ojos darle de vueltas y sale espuma de su boca! ¿*See?*

Alarmados, los padres llevaron a la mascota con el veterinario.

-¿*My god*, donde consiguió este animal? -pregunta el veterinario.

-En México -dice el padre -creo que es uno de esos perros de aguas. Yo me disponía a preguntarle cuando lo viera...

-Me temo que no es un perro de aguas. Es más, ni siquiera es un perro...es una rata del drenaje y tiene rabia.

SALMÓN

Él brincó de dos en dos los escalones asfaltados del condominio "E" de los multifamiliares, ostentando el talonario de Sorteos Casa Nova, respirando por la boca para bloquear la peste a humedad, basura y orines en el paseo de viento, fijando su atención en el número del departamento que buscaba, tanteando a través del grito interior que se queda con la descolorida luz de un foco colgando en lo alto, agigantadas las sombras bajo la mecánica más incompatible de subir una escalera y subdivididas en un mismo chorro de escalones interminables, subiendo contra la corriente a causa de sus ojos remojados en peligro inverso, percatándose que los inquilinos habrían arrancado los números de sus puertas a propósito para despistarlo y confundirlo como confunden por partes iguales a los actuarios de los juzgados que venían a requerirlos de sus rentas atrasadas, bajando los párpados y perdiendo la asidera de albañilería inconclusa del barandal, pero retomando justo a tiempo el muñón de un pedazo de varilla. Se hace más alto el cielo y desea que el interesado no esté en casa, entonces nomás dar tres toquidos y volver a la calle y tomarse el resto del día. Un rápido giro de la cabeza y allí se halla la misma cifra del boleto clavada contra el dintel de la puerta, así que toca, no hay respuesta, vuelve a tocar, y el grito del interior lo alerta como si fuese capaz de ver con el oído cada pieza de la casa, luego distingue el ruido de un objeto huraño golpeado contra la pared, continuando al piso, como algún palo de escoba partiendo la descalabrada, y nuevamente el grito de congoja, así que arremete contra la puerta, que no era lo suficientemente invencible y queda colgando de un gozne, haciendo un rechinado amargo, y ya en el interior se detiene de frente a la más hermosa fátima que él hubiera visto en la vida entretenida en desprender a golpes las ratas que mordisqueaban a su bebé. Él deja el boleto en la mesa de la cocina y sale del departamento sin inmiscuirse en lo

que no le importa. Él se dio la vuelta y no tuvo sexo con ella, tampoco la vio caer de la ventana y desplomarse seis pisos abajo en el terreno baldío y tampoco nunca supo si ella regresó de la tumba para continuar azuzando las ratas que mordizqueaban ahora el ataúd de pino barato. Él nunca la amó, y mucho menos estuvo allí cuando la enorme ruleta giró y marcó la numeración consentida por el azar del primer premio. Él sólo dejó el boleto y nada de esto sucedió.

Este libro se terminó de escribir y alevinar en el mes de Marzo del 2000
durante época de veda
en Impresora y Encuadernadora del Bosque, S. A. de W. C.,
sito en calle Desove No. 11. Se tiraron
10,000 embriones en forma de hueva y los sobrantes fueron dejados a merced de osos y
pescadores aficionados y demás depredadores del pueril ciclo alimenticio. *Bon appetit.*

